

Últimas conversaciones con la tía Flor

Premio XXIX Jose Luis Castillo-Puche de novela corta



Natalia Gómez del Pozuelo

“Quiero escarbar la tierra con los dientes,

quiero apartar la tierra parte a parte

a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte

y besarte la noble calavera

y desamordazarte y regresarte”.

Miguel Hernández - Elegía

La enfermedad es odiosa; va minando a la persona de forma casi imperceptible hasta que, *de pronto*, te das cuenta de que al ser que tienes enfrente, le queda muy poco de aquello que parecía darle sentido.

Estamos a finales de 2018 y la tía Flor todavía entiende, a veces incluso se ríe; su hija Ana es la que logra sacarle más carcajadas, pero cada semana menos.

En ese cuerpecillo de ochenta y siete años quedan destellos del buen humor que heredó de su padre, pero cada semana menos.

Lo ha ido perdiendo todo: la vista, el oído, el entendimiento... y todavía se ríe.

Cuando lo hace, se ilumina toda, se le abre la boca, la cara, el cuerpo.

A veces es por una broma, otras por puro contagio. Tal vez no te entiende, pero escucha cómo te ríes mientras le agarras la mano y sabe que va con ella, importa poco el motivo. Te regala una carcajada que provoca otra tuya y otra suya, y ese círculo de alegría le da color a la tarde.

Otras veces, no tiene ganas y no le sacas ni un movimiento de cabeza para asentir o negar. Esos días te das cuenta del avance de la nevrura, o eso crees tú desde fuera, que sin estímulos su mente se va apagando como ya hicieron sus ojos hace muchos años; ahora, las neuronas atacadas por el Parkinson y la demencia, no quieren trabajar; tal vez piensan: ¿para qué, si ya no se puede compartir?

Esos días, solo queda tomarle la mano y acariciársela.

Siempre han sido suaves, como las de su madre, mi abuela, que vivió hasta los noventa y tres años y las tenía idénticas: delgadas, con las venas abultadas dibujando el relieve de un árbol en el dorso, como las de su hermana, mi madre, que cuando va a visitarla se descorazona; le duele demasiado verla así. Ellas dos se parecen en las manos y en el cuerpo menudo, en la forma de la cabeza, del pelo; podrían pasar por gemelas, pero las gafas de una son oscuras y las de la otra no.

Somos una familia pequeña: mis hermanos y yo solo tenemos una tía y un tío, que son Flor y su marido Paco; nuestra única prima es su hija Ana. Hemos estado siempre muy juntos; mi madre sentía la necesidad de ayudar a su hermana mayor desde que se quedó ciega con treinta y tantos.

Querría quedarme tranquila en esa caricia al margen del tiempo, que me trae recuerdos de todas las manos que hubo antes, todas las que tocaron, sostuvieron, pero Paco considera el silencio descortés y habla.

De las pequeñas cosas: de si están en obras en la calle de enfrente o si han cerrado tal cafetería.

Y de las grandes: “últimamente no para de chillar, sobre todo por la tarde. Se escurre hacia delante en el sillón hasta casi caerse. Está imposible. Y pega a Araceli”, Paco resopla a la vez que habla. Araceli es la persona que la cuida y a él le da vergüenza que eso suceda, como si lo hiciera él o como si hubiera alguna forma de impedirlo.

La tía Flor, que todavía se entera pero no logra articular las palabras, protesta lo más alto que puede: “iiiiiiiiihhhh”. Como diciendo “¡Déjame en paz! Me gustaría verte en mi lugar, este sitio no es fácil”.

No sé si ese grito concreto tiene ese significado, pero yo se lo pongo y me doy cuenta de que colocamos nuestra interpretación encima de los hechos; yo también chillaría si la oscuridad me va devorando y no puedo defenderme, como en esas pesadillas en las que tratas de gritar pero los gruñidos se quedan atrapados en la garganta.

Flor aúlla.

Es muy difícil para los que la rodean y se complica más cuando la vecina de arriba protesta porque no la deja dormir. No quieren molestar y ahora, haga el tiempo que haga, cierran a cal y canto la persiana de la habitación que da al patio. Desde el otro lado, Araceli ya no puede escuchar si Flor la necesita y se levanta a veces en la noche para asegurarse de que

está bien. Paco se trasladó hace poco al cuarto de al lado, el que era de Ana, está sordo de un oído y muchas veces no se despierta. Las dos habitaciones están al fondo de un largo pasillo que recorre la casa en forma de ele.

No pueden con ella, aunque lo siguen intentando.

“Cuando no lo consigan, habrá que pensar en una residencia,” dice Ana con un peso en el pecho que casi se ve, “pero allí no le van a dejar que arme alboroto, la atontarían con químicos y se quedaría sin la poca luz que queda en su mente”.

De nuevo una interpretación que tiñe de matices siniestros algo que desconocemos. Con atención profesional tal vez el deterioro habría sido más lento, sobre todo si tuviéramos la sanidad y las residencias preparadas para el envejecimiento masivo; aunque no sé si sería positiva esa lentitud o solo una prolongación de la agonía; son muchos años de ceguera, luego de sordera y de Parkinson. Ya es suficiente, pienso. Y digo:

“Igual para ella ese atontamiento sería una bendición”.

A pesar de tratar de imaginarlo, no sabemos cómo se siente Flor, ella no lo puede transmitir. ¿Qué habría dicho si hubiera podido? Hablamos poco de la vejez y la enfermedad y de lo que nos gustaría que hicieran con respecto a nosotros si perdemos la capacidad de decirlo.

Yo nunca la oí quejarse, pero según Ana y mi madre, en muchas ocasiones y desde hace tiempo, decía que quería morir.

¿Qué desearías tía Flor? ¿Que te atontaran con químicos? ¿Que te ayudaran a irte?

Miro a mi alrededor y le digo con angustia a la primera persona que encuentro cerca: “A mí me dais una pastillita, por favor”, como si fuera algo sencillo.

Me responde una voz enfadada: “No te voy a ayudar a suicidarte, mamá”.

Tendré que dejarlo por escrito por si, cuando me toque, es posible elegir una muerte asistida. Cuando la veo tan deteriorada, no dudo de que yo prefiero no pasar por ahí.

Hace unos meses entrando la primavera de 2018, estaba algo más lúcida y le pregunté: “Flora, ¿te apetece que vayamos a tomar un café?”

Para todos ha sido “Latíaflor”, todo junto, aunque su padre la llamaba Produc, porque empezó a trabajar muy joven, y su hermana y Paco le decían Mariflor o Mari; pero a ella le gustaba que la llamaran Flora.

Se le alegró la cara: “Sí, por Dios, una novedad, un café con mi sobrina”, debió pensar.

Me animé a bajarla sin ayuda de Araceli, aunque temía que se me cayera pues andaba ya muy torcida. Me decidió su cara abierta y su intento de conversar.

Paco le colocó el abrigo con cierta brusquedad. Está cansado. De ella, de él, de la vida. Lo dice, o eso me cuentan porque yo no se lo he escuchado. Lo que sí le he oído es protestar, girar la cabeza hacia los lados, poner caras.

Él también dejó todos sus sueños por el camino. Tal vez por eso es algo brusco al ponerle el abrigo, al hablarle. Y ella, en su nebulosa, cree que su príncipe se entiende con cualquier mujer que anda cerca.

Durante mucho tiempo, ya enferma, esa ha sido la obsesión: “¿Dónde está Paco? Está con ella, ¿verdad? Llévame allí”. O le daba por gritar a Araceli: “¡Putal!”. Ya no. Se ha quedado también sin eso, no puede ni celarle.

Abrigo puesto, guantes, bufanda.

Ya en el ascensor me cuesta darle la vuelta, como si los pies tuvieran imanes y se pegaran al suelo; toda ella se vierte a la derecha.

Es un día claro y frío, la luz de Madrid no encuentra obstáculos en las ramas peladas de los árboles que ya tienen botones despuntando; caminamos agarradas hacia la cafetería a la que solían ir cada día cuando Flora estaba mejor y a la que cada vez les cuesta más ir.

Fue de los últimos días que logramos entendernos un poco.

“¿Tu hombre?”

Me pregunta por Jorge. Es a lo más que llega ahora. A veces logra decir “¿el *manito*?”. Para ella ser latinoamericano justifica ese nombre, aunque el susodicho haya nacido a miles de kilómetros de México. A veces le cambia el nombre y le llama Javier, tal vez porque también empieza por J.

Desde que me separé y luego me arrejunté, es un tema que llama su atención.

“Estáis muy enamorados, ¿verdad?” “Es un gusto cuando estamos los dos, disfrutamos mucho.” Se le queda una cara soñadora, hasta los ojos parecen ver. Creo que lo envidia, o lo desea retrospectivamente.

Tengo la sensación de que es una romántica defraudada, como si el amor pudiera no defraudar. Parece que creyera posible una relación apasionada, alegre y duradera; la suya fue tormentosa desde el principio y Paco nunca ha sido muy comunicativo.

Por su insistencia con el *manito* y con nuestro amor, imagino que la tía Flor soñó mil veces con palabras de emoción y besos apasionados. Creo que esa decepción fue de los primeros golpes que recibió, antes de la ceguera, antes de que murieran sus gemelos al nacer, antes de que su nieta naciera prematura o que su hija se quedara viuda. Antes.

A veces creo que todavía no ha perdido ese amor y que quizá sea lo último que pierda.

“Le quiero un montón, Flora, leemos juntos, nos vamos de viaje en la autocaravana, caminamos”, se le abre la boca y sonrío, “pero es muy quejica”, suelto una carcajada y ella también. Qué gusto verla así. “Es como tu Paquito, nos han tocado dos hombres parecidos, el tuyo negativo, el mío quejica”, nos reímos juntas, “porque tu Paco no es un cascabel

precisamente, ¿eh?”. Digo “nos han tocado” como si una metiera la mano en un bombo y sacara una bola al azar. ¿Será así? ¿Nos han tocado estos hombres o nos hemos agarrado a ellos con uñas y deseo porque no podían ser otros?

Intenta decir algo y, por primera vez en toda la tarde, la entiendo: “amargado”.

Es cierto, Flora, Paco está amargado; para él tampoco ha sido fácil. Con su aversión al riesgo los acontecimientos le debieron golpear muy fuerte, o tal vez primero vinieron los acontecimientos y luego la aversión al riesgo, no lo sé, pero se le fueron cayendo los sueños hasta que se quedó sentado en la butaca de la mesa camilla frente a ti, testigo a tiempo completo del deterioro que, en mi opinión, han producido los químicos de dormir y los antidepresivos en tu organismo; con la televisión siempre encendida a un volumen demasiado alto por la sordera de los dos.

Cruzamos la calle Orense.

Es una zona de Madrid que no es ni bonita ni fea, ni nueva, ni vieja. Cuando lo construyeron a principio de los sesenta, era un descampado con ovejas enfrente, uno de esos ensanches que se van haciendo en las ciudades con pocos recursos y poco gusto. Las torres de oficinas que construyeron después, hacen que sea un barrio cotizado, pero se trata de una cuadrícula de edificios de ladrillo poco atractivos, separados por calles anchas y algún parque pequeño.

Tardamos más que el muñequito en cambiar de color, pero los conductores esperan pacientes aunque tengan prisa.

Se vuelca hacia mí y la agarro con fuerza. Vamos dando pasos inseguros hasta la cafetería.

“Flora, ¿dónde os soléis sentar?”

Es una pregunta muy estúpida. ¿Ella qué sabe?, no ve y no habla.

“Al fondo parece más calentito”. Luego me enteré de que se sentaban a la entrada, así es más fácil.

La ayudo a sentarse, le desabrocho el abrigo, le quito los guantes, la bufanda y la coloco erguida en la silla para ir a pedir. Espero que no se eche hacia delante y se caiga como hace en casa.

Un americano en taza mediana para ella, un café con leche muy caliente para mí y un cruasán cortado en dos. Todavía come cosas blandas. Le doy un trozo y lo agarra con el puño muy cerrado, como los bebés. Se lo lleva a la boca.

Siempre le ha gustado que le hagamos confidencias. “Yo soy una tumba, ya lo sabes”, era una de sus frases favoritas y muy cierta; sus amigas le contaban los secretos sabiendo que allí estaban seguros, por eso tenía tantas y tan variadas. Le divertía cuando yo le hablaba de cosas que no le hubieran gustado a su hermana. Esa tarde también entiendo, o más bien adivino, cuando me dice: “Me puedes contar”. Me mira con intensidad bajo sus gafas de sol con montura roja a juego con los labios que Araceli ha coloreado antes de salir.

Lo sé, siempre le hemos podido contar lo que fuera que no se espantaba, aunque de todas formas yo tenía un freno por si le llegaba la información a mi madre. Hago una búsqueda en mi día a día de cosas inconfesables para contárselas, pero ya no hay muchas. Suspiro.

Ella y Paco me llevaron a bautizar; entonces la madre no asistía porque se hacía nada más nacer, para evitar el limbo al que se supone que iban los bebés si morían antes de recibir el agua bendita. ¡Se les ve tan jóvenes en la foto! Ella con gafas oscuras, ya estaban muy avanzados los problemas de los ojos, él elegante, alto, delgado, yo parezco un pescadito en sus brazos.

“A la pila un ángel, yo llevé señor”, le canto bajito lo que ella inventó para mí aquel día y que hemos repetido las dos cada cierto tiempo. Ella me sigue, “*eñó*” ¡bien! “que con agua bendita, se purif-icó”. Coincidimos en esa última sílaba. Terminamos los versos que hablan de

querubines que nos tienen locas y aplaudimos como supongo haríamos cuando yo era la niña y ella todavía veía algo.

Ya desde pequeña tenía muchísimas dioptrías en ambos ojos. El oftalmólogo que la operó le había dicho que era una pena que llevara esas gafas de culo de vaso siendo tan guapa.

Mi madre cuenta consternada que, de niñas, cuando salían del colegio de la mano, otras compañeras las rodeaban cantando y mofándose: “cuatro ojos y no ves”. Arrastraba el problema de las gafas gruesas desde hacía tiempo y por eso no le costó mucho decidirse a entrar en quirófano. Eran las primeras operaciones de miopía.

Aquel oftalmólogo innovador hacía la incisión con un bisturí y nada más. Dejó ciegas a otras dieciséis personas. Luego, descubrieron que había que poner una lente para retener el cristalino y que no reventara la retina, o algo así.

“No entiendo cómo mis padres permitieron que la operaran de los dos ojos a la vez” repite siempre mi madre con tristeza, pensando que la vida de su hermana habría sido completamente diferente si hubieran tomado otra decisión; “a una amiga se lo hicieron primero en uno y al menos le quedó el otro”. Flor tenía quince años cuando la operaron por primera vez. Más adelante, mi madre también perdió un ojo por un golpe fortuito y el otro lo tiene muy delicado. Parece una maldición familiar. Mi abuela tampoco veía con el derecho.

“¿No le denunciasteis?” Era una pregunta que solía hacer, pero no recuerdo bien la respuesta; tal vez ninguna de las que me dieron me pareció válida: que la pérdida de la vista no fue inmediata, que hubo numerosas operaciones, ¿cuatro?, ¿siete? Once me dijo mi madre cuando le consulté.

Flor contaba, sin ningún rencor, más bien hablaba con compasión, que a ese médico se le había suicidado un hijo: “ya tiene su castigo” decía, como si existiera la justicia divina.

Estuvo un año tumbada en la cama con los ojos vendados.

Me imagino a la niña Ana, de cuatro o cinco años, de pie al lado de esa cama en la que yace su madre. La mira con los suyos muy abiertos, está viva, pero no puede moverse. Trata de salvar la vista mientras su cerebro, o su psique, se pierde. Acostada a oscuras deja de distinguir el día de la noche. Duerme cuando duerme, total, el entorno es constantemente negro. Tiene una depresión profunda.

La realidad está trastocada aunque intentan mantener lo básico: Ana va al colegio, Paco trabaja, mi madre la visita con frecuencia y se ocupa de Ana lo que puede, se la lleva los fines de semana.

Supongo que Vasi, la mujer que les ayudaba en casa, era la que sostenía la intendencia, la que cuidaba de todos ellos. Yo la recuerdo grande con los mofletes colorados; por el habla debía de venir de algún pueblo cercano. Era alegre y efusiva. No sé qué fue de ella. Hay cuidadoras que con su trabajo dan forma a una etapa importante de la vida o suavizan la dureza de otra pero, a menudo, esos vínculos no resisten el paso del tiempo.

Doce meses pasan muy despacio; es demasiada quietud para alguien de treinta y tantos.

Ana observa a su madre sobre la cama, su padre trabaja lo más posible y a ella se la llevan de un lado a otro para distraerla.

Haría sus deberes por allí y sería más normal de lo que imagino. Vasi le pondría la merienda y se iría a jugar un rato con las amigas de dos puertas más allá, las madres también eran amigas. No resultó fácil la vida para varias de ellas pero compartirla la hacía más llevadera; siguieron en contacto después de que Flora se mudara; se visitaron unas a otras hasta los distintos finales.

Recuerdo que a los pisos se accedía, en vez de por un pasillo, por una galería luminosa con grandes ventanales. Era un tercer piso en un edificio largo y compacto del barrio de la Concepción, aunque en realidad era un sexto pues las viviendas tenían dos plantas. Debió ser un buen arquitecto el que trató de hacer más humana aquella colmena. El piso estaba contrapeado

con el del cuarto y el del segundo, dándole un toque especial a aquel edificio grandote que tenía la suerte de tener un gran parque delante que más tarde se convirtió en polideportivo.

“Tía, ¿sigues viendo a alguna de tus amigas del barrio?”

Así las hemos seguido llamando, incluso después de que se fueran a la calle Orense. Sé que una de ellas se metió en la cama con sesenta y tantos y nunca más se levantó. Responde algo que no puedo comprender. Me gustaría tener telepatía o dotes especiales de adivinación para descifrar ese balbuceo. Me duele no poder hacerlo, así que me lo invento con lo que sé por otro lado.

“¿María Eugenia murió, verdad? ¿O ese era el nombre de la hija?” Asiente muy segura con un gesto de la cabeza aunque no sé si a la primera pregunta o a la segunda.

“Qué majas eran, Flora, solo nos decían piropos. Pensarían también otras cosas, pero se las guardaban y daba gusto así; ya estaba mamá para insistir mil veces en lo que mejorar”. Carcajada. Ella solía hacer de *poli bueno* con respecto a mi madre, aunque se parecen mucho también en el carácter fuerte y explosivo. Se ríe. Yo me río más. Cada vez que su boca y su cara se abren, me contagio. Es lo más grande que podemos compartir ahora. Y las caricias y los besos.

Una la abraza y la besa y ella se estruja lo que puede, lo disfruta todavía. Aunque a ratos se harta. Entonces se cierra y ya no hay nada más, ni sonrisas, ni asentimientos. Nada.

Es cansino no poder decir si quieres ir a la cama o quieres que te dejen en paz. Es cansino no poder ver, no poder expresarte, oír poco y ser completamente dependiente. ¿O no?

La etimología de recordar es “volver a pasar por el corazón”; eso trato de hacer con mi querida Flor que se va, desamordazarla, escuchar la voz que ya no se expresa.

A Flor no le gustaba estudiar, es muy posible que las dificultades de la vista no se lo facilitaran, y se puso a trabajar en Transradio, la empresa estatal de telégrafos. Debía ser al principio de los años cincuenta del siglo pasado.

Conoció a Paco fichando en la entrada, cuando se apuntaba la hora de llegada y de salida en unos papeles con una cuadrícula; ambos fueron a por el bolígrafo al mismo tiempo. Ana lo cuenta con gracia: “Sonrisa, mirada. Tú primero. No. tú. Risita” pone un tono premonitorio y añade: “Anda que, si llegáis un minuto más tarde cualquier de los dos, ¡de la que os habríais librado!” La relación de sus padres ha sido turbulenta y ella se ríe consciente de que existe gracias a ese encuentro.

Flor trabajó allí de administrativa hasta su boda; era lo habitual.

“No sé por qué se casaron” repiten una y otra vez mis padres, “ya de novios discutían todo el tiempo”. Muchas veces quedaban los cuatro y, nada más sentarse en la cafetería o la terraza de turno, se empezaban a pelear por cualquier cosa. Al rato Flor se iba por un lado y Paco por otro. “Deberían haberlo dejado entonces”, dice mi madre con voz de incompreensión. “¿Por qué se empeñarían en seguir con lo mal que se llevaban?”

Ella era menuda, alegre y con mucho estilo; solía tapar los ojos con gafas de sol, y él parecía un galán de película, repeinado hacia atrás y con un cigarrillo perenne en la boca; pero la vida no es lo que parece y Paco, ya por entonces, había renunciado a parte de la suya.

Había salido una vacante de telegrafista en un buque mercante. Él quería viajar, le darían dietas y era un trabajo que le apetecía. No lo reconoce o yo no se lo he oído, pero seguro que tenía su sed de aventuras, de otros mares, otras ciudades.

Se presentó al puesto y se lo dieron: debía acudir a una ciudad del Levante, tal día a tal hora.

“¿Me darán para el autobús?”

“No, el trabajo comienza a bordo”.

No fue.

Nunca fue.

No le pagaron el autobús y perdió esa vida.

En más ocasiones dejó oportunidades por el camino; se las ofrecían porque es inteligente, pero se echaba para atrás cuando se trataba de puestos que suponían más complicaciones. Prefería el trabajo previsible a los galones, aunque para mantener su hogar tuviera que hacer dos turnos. Tiene las cosas muy claras; qué le gusta y qué no, quién le cae bien y quién no. Pocos le caen bien.

Flor y Paco se fueron a vivir al barrio de la Concepción, a ese bloque mazacote con una luz preciosa que ya he mencionado. Pronto se quedó embarazada. Eran gemelos.

Supongo que estarían ilusionados, que esperaban que sus hijos nacieran sanos, que todo fuera bien y no trajeran malformaciones, es un deseo universal, genético diría yo. Eran un niño y una niña. Murieron al nacer. No sé si les tenían nombre, si había dos cunas esperando en casa. De eso no se hablaba.

En cambio sí comentaban que nadie los vio muertos y Ana especula con que estuvieran entre los niños robados en los años cincuenta y sesenta en España, porque solo les enseñaron los ataúdes. En su día, le preguntaba a Flor si no querría investigar, y ella contestaba tajante que ni hablar: “¿Te imaginas que me aparecen ahora dos bigardos desconocidos diciendo *maaaamaaaa*? Quitaa, quita”, se reía.

Los había alimentado durante meses, había notado sus patadas y, en el momento de nacer, algo se complicó. No sé el qué. ¡Cuántas lagunas! En las familias solo se cuentan algunas historias que se repiten hasta la saciedad y nadie se ocupa de rellenar los huecos; al final quedan un puñado de piedras por las que vadear el pasado.

Ana, a diferencia de sus hermanos, se agarró fuerte a la vida y creció en ese piso luminoso del barrio de la Concepción. Sacó los ojos de Paco, observadores y cargados de una opinión que, igual que la de él, pocas veces sale de su boca; heredó también la risa fácil y el humor de su madre y su abuelo, pero más agudo gracias a esa mirada perspicaz y desconfiada que viene del otro lado.

Cuando Ana tenía pocos años, llegó el final de las once cirugías, y sus correspondientes convalecencias, para salvar una vista ya condenada.

“Mira que vas siempre elegante, Flora”, le digo en algún momento.

Lleva cincuenta años sin ver y hasta hace poco seguía pendiente de los colores de la ropa, tenía un aparato que se los chivaba aunque no funcionaba muy bien, le gustaba ir conjuntada con las gafas y el pintalabios, que luego dejaba marcado en las colillas de los cigarros que fumaba con estilo; pequeños gestos que la mantenían fiel a su concepto de belleza.

No debe ser fácil no ver, o eso pensamos los videntes. En un programa que entrevistaba a personas ciegas, me sorprendió una mujer de treinta y tantos, inteligente y guapa, que estaba agradecida a su ceguera: la había hecho mucho mejor persona y profesional. Son fascinantes los distintos ángulos desde los que se puede entender la realidad.

No sé si Paco apreciaba la coquetería de Flora, él optó más bien por hacer dos turnos para que no faltase de nada en casa, aunque faltara él.

Ella perdió el sueño y trataba de encontrarlo a base de pildorazos; la oscuridad era tupida y costaba dormirse dentro.

Por las mañanas de los martes y los jueves hacía algunas tareas de la casa y los lunes, miércoles y viernes hacía compras y recados con mi madre. Comía con Paco y por la tarde venían las amigas a buscarla y se iban a tomar café. Su hermana le ayudaba a conocer gente: ella sembraba y Flor cultivaba. Tenía una vida social muy llena. Lunes tal grupo, martes las del libro, miércoles la partida de mus con cartas marcadas en braille por la ONCE, jueves las del barrio.

Todas las tardes delante de un café americano en taza mediana.

A veces me acercaba a saludar y era como entrar en un gallinero, hablaban todas a la vez, me decían lo guapa que estaba, lo alta, lo lista; me besaban con cariño y me dejaban su colonia pegada en la piel cerca de los labios, casi podía masticarla. Salía de allí hinchada.

Entonces las veía como un grupo: *las amigas de la tía Flor*, ahora me doy cuenta de que cada una era singular y la mayoría también entrañables, pero no todas.

Había una que me resultaba falsa; me susurraba al oído que de las tres hermanas yo era la más guapa; no me habría extrañado que también se lo dijera a ellas. Otra me resultaba antipática, pero eran la excepción.

Pocas trabajaban fuera de casa; algunas tenían inquietudes profesionales y culturales; dos, que estaban separadas, andaban con problemas económicos e iban poniendo parches y haciendo trabajos de costura o de lo que pudieran; no tenían una profesión y sí una edad en la que era difícil colocarse.

En su día, sentía a esas mujeres muy cerca, daba gusto ver lo mucho que querían a mi madrina y cómo le hacían la vida más amable. Hoy me producen también extrañamiento, me dan ganas de sacudirlas, aunque trato de entender que nacieron durante la guerra y fueron educadas con rigor para ser buenas amas de casa. Es lo que trataban de hacer a costa de ellas mismas: ajustarse al modelo tatuado en su cerebro y autoimpuesto. Tal vez no sea tan diferente a lo que sucede hoy.

Para cubrir las noches y el mutismo de Paco, estaban la televisión y la radio.

El viernes no había plan, cada una estaba con su familia, y llegaba el vacío.

Los primeros años Flor y Paco salían, cenaban, bailaban. En las pocas fotos que hay de la época de principios de los sesenta, están con mis padres en una terraza; se ríen y sus cuerpos tienen esa vitalidad lustrosa de los veinteañeros que miran con ilusión el futuro; Paco y Flor recién casados, mis padres a punto. Paco se parece a Alain Delon y Flor está elegante, casi sofisticada.

Tenían un buen puñado de amigos, pero tal vez con los años fueron escaseando las ganas de salir y se fueron quedando los dos, uno sentado frente al otro, en la mesa camilla con la

televisión delante y la radio cerca del oído de Flor. Ella ciega, él como si fuera mudo. No sé desde cuándo.

Paco trabajaba el sábado hasta medio día y algunos domingos ni salía de la cama; tanto turno le dejaba agotado. Imagino que Flor le diría al despertar: “Vámonos donde mi hermana”, o tal vez llamaba mi madre y le preguntaba: “¿Y Paco?” “En la cama”. “Despiértale y veniros a pasar el día”. Ella, siempre en acción, les preparó un cuarto en la casa que se habían construido en las afueras y era el plan del sábado por la tarde con su noche y parte del domingo. Flor y Ana tendrían compañía y ocupaciones si Paco dormía.

Así se acopló la cosa, en unos turnos y unas formas de llevar el tiempo que casi lo hacían imperceptible. Se las apañaba entre semana con las amigas y el fin de semana con su hermana y su familia. Incluso podía no pensar en la ceguera: “Una se acostumbra a todo menos a la falta de independencia” decía a menudo.

Cuando la escuchaba, me acordaba de que la ONCE le había ofrecido la posibilidad de tener un perro guía. Flor y un acompañante podían ir un mes a la escuela canina de no sé qué lugar de Norteamérica, para adaptarse al perro y luego volver con él a España. Se lo pensó mucho, pero decidió descartar la posibilidad de que otros ojos vieran por ella. Se apiadó del ser que tendría que estar quieto a sus pies mientras ella tomaba café americano en taza mediana con sus amigas, si, de todas formas, llamaban al timbre y ella bajaba sola hasta el portal. Renunció a su independencia para que el perro pudiera correr y saltar. Ella siempre tenía un brazo al que agarrarse.

No sé cómo, pero se enteró de que Paco se había prendado (bonita palabra) de una compañera de trabajo; una viuda.

De pronto, volvía la luz a la vida de Paco, un rayo tenue que pintaba los días de colores, pero que oscurecía todavía más los de Flor.

Mi madre, que es la que me lo ha contado, no sabe cómo lo descubrió, o no lo recuerda. Se lo pregunté cuando Flor se obsesionó con que Paco se entendía con Araceli y Ana le quitaba hierro bromeando: “Con ochenta y tantos está para pocas alegrías Paquito”, pero Flor, erre que erre. “¿Dónde está? ¿Con quién?”

“¿Pasó algo antes como para que tenga esa obsesión?”, pregunté a mi madre sin sospechar que había dado en el clavo y que me lo iba a contar.

“Se enamoró de una compañera de trabajo. Desayunaban juntos todos los días. Fíjate que tu tío jamás ha ido al cementerio y, a esta señora, la acompañaba con flores a la tumba del difunto”.

Un día, la tía Flor pidió a su madre y a su hermana que la llevaran a hablar con aquella mujer a la cafetería del trabajo.

“Es esa” le dijo a mi abuela, no tengo ni idea de cómo lo sabía, “la del pañuelo azul”. Mi madre la acercó y la dejó allí hablando con esa viuda a la que quería su Paco. “No sé lo que le dijo, yo solo la llevé hasta la mesa”. La querría enfrentar con su condición, con el desastre que provocaría su historia de amor si seguía adelante.

No sé cuánto sabría aquella mujer antes de la conversación, pero debió pesarle la visita porque la historia terminó y dejó a Paco sumido en una sombra que ya no le abandonaría... o así me lo imagino yo. Igual aquellas semanas (o meses) de alegría fueron las únicas en años, mi madre dice que estaba enamorado hasta las trancas.

Armó la marimorena cuando se enteró de que habían ido, de que habían conversado. Según Ana fue ese momento en el que Paco dejó de hablar con Flor, de sonreír.

Y ahí sigue, decenas de años después, al otro lado de la mesa camilla, poniéndole el abrigo con algo de brusquedad, pero poniéndoselo; deseando toda la vida que llegara la jubilación para dormir hasta el hartazgo y, cuando finalmente llegó, ya no tenía tanto sueño; sentado allí con las cortinas cerradas para no escuchar el autobús, si, total, Flor no ve lo deprimente que es el salón sin luz y a él le da igual, los dos frente a la televisión demasiado alta en un cuadro inmóvil que perdurará siempre en mi memoria.

Qué poco conocemos a nuestros mayores; nos esconden sus sombras como nosotros a ellos las nuestras.

Es el 27 de marzo de 2019, mi cumpleaños. Estoy haciendo una ruta alrededor de un pantano que hay cerca de casa; tengo el agua a un lado y el sotobosque al otro; las jaras brillan entre las encinas y hay una flor amarilla que llena el monte de color; la vida se renueva. Paco me llama para felicitarme; lo ha hecho cada año, estuviera yo donde estuviera. Las conversaciones suelen ser parecidas: “¿Cómo están los chicos? ¿Todos bien?” Y alguna otra mención a la salud, la pareja, el trabajo. Charlamos para llenar el tiempo, por estar un ratito juntos en ese día que se supone especial y, cuando ya no hay más que decirse, le pregunto si me va a pasar a Flor. “No sé, luego se pone mal.” En ese momento la escucho por detrás gritando. “*Ahahahahaha*”. Muy alto, como diciendo; “yo también quiero felicitarla”. “*Ahahahahaha*” grita más fuerte. “Te la paso” dice Paco resignado.

“Hola Florita, preciosa, quieres felicitarme, ¿verdad?”, “*Aeh*” responde con voz de gusto. “¿Me vas a cantar el cumpleaños feliz?” Es lo que ha hecho toda la vida. “Empiezo yo: Cumpleaños feliz...”, “*Aeh, aeh*”, “cumpleaños fe...” “*ihhhh*”, “te desea tu tía, cumpleaños” “*eihhh*”, “bieeeeen. Gracias Flora”. “*Ahe*”. “Yo también te quiero un montón. Lo sabes, ¿verdad? Eres la mejor madrina del mundo”. “*Eheheh*”

“¿Ya la has felicitado? Dame el teléfono”.

“Gracias tío. Un beso grande.”

“Adiós. Recuerdos.”

Ya no hay forma de entenderla, todos sus sonidos son iguales. Probablemente de su cerebro salen ideas claras, palabras enlazadas, pero lo que sea que tenga, no le deja mover los músculos y vocalizar, músculos en los que no pensamos y que nos mantienen comunicados con el exterior, músculos que también se atrofian en estas vidas demasiado largas que nos ha tocado sobrellevar.

Esa curva en el camino del pantano está ya unida a esa llamada, a Paco y a Flor, que no sé si podrá volver a felicitarme nunca.

Dos meses después, en mayo de 2019, en el telediario hablan de la historia de Ángel, un hombre que ha ayudado a su mujer a suicidarse; tenía una esclerosis múltiple avanzada y llevaba años suplicando una muerte digna; la noticia llena los medios de comunicación y se reabre la discusión sobre la eutanasia.

Yo no quiero vivir como la tía Flor, pienso, me gustaría tener una pastilla para irme cuando no me valga por mí misma, pero ¿qué es valerse? Además, lo habitual es que, cuando llega ese momento, la persona ya no rige como para tomársela. ¿Cómo se deja eso por escrito? ¡Es tan difícil de saber lo que sucede con la conciencia de otro!

Lo hablo en mi entorno; me parece importante.

A quiénes su religión les dicta el pensamiento, no tienen dudas: será lo que Dios quiera y cuando lo quiera. Pero en realidad los medicamentos están interviniendo, y la tecnología; es difícil establecer el límite.

A algunos, lo que les preocupa es que otros decidan por ellos, que sea un arma de herencia exprés. No digo nada cuando me presentan ese argumento, pero me pregunto cómo serán sus relaciones filiales si temen que su progenie acelere su partida por comodidad o codicia.

Hay personas que mencionan el riesgo de que cualquiera decida terminar con su vida en un momento de depresión, aunque me consta que en los lugares en los que se practica la eutanasia, hay seguimiento médico y solo se puede ¿acceder? ¿administrar? en caso de enfermedad terminal. Todavía no tenemos el lenguaje para hablar de ello, o yo no lo conozco.

Se habla poco de la degradación en estos tiempos longevos.

¿Te ayudaría a morir, Flora? ¿Querías que lo hiciera alguien? Llevabas tiempo diciendo que preferías que se terminase; mucho tiempo; tu hermana cuenta que te callaba cuando lo mencionabas, pero nunca pasaste a la acción y eso que tenías a tu disposición centenares de pastillas fuertes para hacerlo. ¿Sería lícito que lo hiciera otro? ¿En el transcurrir de tus días queda alguna luz o las tinieblas lo han ocupado todo?

Te achucho y reaccionas saboreando el beso y el abrazo o eso me parece a mí, tal vez por consolarme. ¿Sería la eutanasia tu liberación del sufrimiento o la nuestra, la de los que te vemos adentrarte en las profundidades de la nebulosa?

Araceli te cuida y estás guapa a pesar de los pesares, ella es la que mejor entiende tus ligeros movimientos de cejas, lo que parece que insinúas. El otro día Paco le enseñó el vídeo de la boda de Ana y se quedó anonadada de tu energía, de tu elegancia. “¡Cómo estaba de bien la señora!”, “Sí, Araceli, no la conocías entonces, pero era una mujer con un enorme sentido del humor y muchas ganas de divertirse”. Y no solo ella, ¡cómo estábamos todos de bien antes! El problema es que en ese *antes* una no se da cuenta de lo bien que está o de lo mucho peor que va a estar.

Toda la vida Paco me llamaba *La tía grande*, era la máxima expresión de su afecto, de su cercanía. Pero dejó de hacerlo.

Se enfadó conmigo; no por algo que le hubiera hecho a él, sino por algo que, según su criterio, me había hecho a mí misma: dejar un trabajo seguro para dedicarme a la escritura.

Veleidades sin sentido, supongo que pensaría.

“No lo entiendo” y giraba la cabeza negando cada vez que me veía, aunque estuviéramos hablando de otra cosa. “No lo entiendo”.

Estuvo alejado de mí muchos años. Yo ya no era la *La tía grande*. Me llamaba igual por mi cumpleaños, eso nunca faltó, pero en su voz había una distancia nueva, un desapego desconocido.

Ocho años después, un día que fui a verles, me lo volvió a repetir: “sigo sin entender por qué hiciste esa tontería”.

Salté con vehemencia: “¿Les ha faltado algo a mis hijos Paco? ¿Me ves debajo de un puente? Pues ¡déjalo ya!”

Movió de nuevo la cabeza hacia los lados con gesto de incompreensión, pero parece que dejó ir en ese gesto la acritud, porque no la volví a sentir.

Pocas veces he hablado con él de algo que no sea cotidiano, pero, salvo en aquellos años, siempre he recibido el huidizo y sólido afecto de Paco. El de Flora era más entusiasta e incondicional.

A mediados de junio voy con mi hija menor, que tiene dieciocho años. Si Flora hubiera estado en plenas facultades, al llegar le habría tocado la melena larga y lisa y habría hecho algún comentario sobre lo delgadita que es. En eso ha salido a mi tía y a mi madre: menuda, con facciones armoniosas y una boca bien dibujada.

Nos abre Paco pues Araceli se ha ido al médico, le noto en la cara que sucede algo pero no entiendo lo que murmura. Nos hace un gesto para que entremos.

Es un primero interior, la puerta da a un pasillo largo que termina en el salón y la mesa camilla; se ve a lo lejos pero no se distingue nada. La cocina y la habitación de *servicio* quedan a la derecha.

Se trasladaron a ese piso de la calle Orense para estar más cerca del trabajo de Paco, para que pudiera comer entre los turnos. Toda la casa da a un patio no muy grande que a medio día se llena de olor a comida, salvo las ventanas del salón que dan a la calle de atrás, pero están tapadas por unas cortinas gruesas.

Cuando llegamos al fondo, Flor está tumbada en el suelo, delante de su butaca con un cojín bajo la cabeza. Parece un cadáver y un escalofrío me recorre la espalda, no sé qué pensará mi hija. Hay muy poca luz y la televisión está muy fuerte; es como una escena de otro mundo.

“Se ha escurrido al suelo, como siempre. Estoy solo y no puedo levantarla”. Paco tiene un aneurisma y no debe hacer esfuerzos.

Lo dice con algo de desesperación en la voz, como si Flora lo hiciera solo para fastidiarle; yo sé que le sienta fatal ese matiz extraño de *desorden*. Ella está tumbada en el suelo en vez de sentada en su butaca y a él le gustaría que no fuera así.

“Hola Flor”. La incorporo un poco. “¿Estás bien ahí tumbadita o prefieres sentarte en el sillón?” Sé que es una pregunta un poco surrealista, pero no quiero entrometerme, dar las cosas por hechas.

Hace un gesto claro con la cabeza.

“En el sillón, ¿verdad?”

Asiente.

Vamos.

Me ayuda Laura y la sentamos, pero algo pesado se me queda agarrado al pecho y, aunque finja alegría, no consigo de ella ni un gesto, ni una sonrisa. Ese día solo hay vacío.

Ya podía venir la muerte y llevársela, pero tiene una terrible salud de hierro.

Durante años, ha escapado de la ausencia de Paco y de su silencio, a través de las amigas. Todas la querían sin pena ni condescendencia. Elegían una cafetería cerca de su casa por simplificar y ya.

Flor era alegre y divertida; escuchaba las historias de todas sin desvelar ni palabra, sin crítica, aceptando la amistad de cada una con naturalidad. Pasaban a por ella y la acompañaban a comprar y a cambiar lo comprado; una manía intensa que a mí me incomodaba cuando tenía que ir con ella, pues volvía locas a las dependientas hasta encontrar lo que buscaba: una camiseta color café, con el cuello en pico, ni muy larga ni muy corta. Cuando finalmente lo conseguía, en menos de una semana lo llevaba de vuelta porque no era exactamente del color que necesitaba; una y otra vez, en un movimiento pendular que le ayudaba a sentirse ocupada y que se agudizó con los años.

Intentó otras dedicaciones con más sustancia: los libros y sus libro fórums, la carrera de psicología que empezó pero luego abandonó, o el control mental para intentar dormir sin empastillarse, lo que nunca le resultó posible.

También hizo un curso de la ONCE para andar con bastón, pero a lo más que se aventuró sola fue a dar una vuelta a la manzana.

Probablemente ni se planteó trabajar; imagino que, si no era corriente que una mujer casada trabajara, menos una mujer ciega.

A mí me resulta un poco hueco: tareas, compras, amigas, desde fuera se percibe encajado, previsible; pero dentro, cada una lidiaría con su padecer, con sus neurosis y sus sueños. Los de Flor creo que iban de un Paco tierno y amoroso.

Además de las del barrio de la Concepción, hablaba mucho de Marigeles; yo no llegué a conocerla, o no la recuerdo. “¡Cuánto valía esa mujer!” comentaban mi madre y ella al unísono, “crio a ocho hijos sin un brazo” señalaban a mitad de camino entre el hombro y el codo, “y hacía de todo: cocinar, planchar, atender a los niños, unas labores preciosas...”

Flor también hizo punto durante muchos años; mi hermana María tiene una manta de franjas de colores tejida por ella. Yo a veces también lo hago, me vienen las ganas cada varios años, pero me vienen; conecto con ella y con las de antes, tricotando en silencio en los ratos de asueto; es como una meditación. Me calma cuando siento desazón. A ratos, cierro los ojos y dejo que las agujas y las manos se muevan solas en movimientos repetidos infinitas veces y soy ella tejiendo, pruebo lo que imaginaba imposible y parece más fácil de lo previsto, aunque nunca he llegado a hacer una vuelta completa, antes se me escapa algún punto y abro los ojos para solucionarlo. En esos casos ella detenía la labor. Recuerdo que, a veces, llegaba a su casa y me pedía que le arreglara un punto suelto.

También quería mucho a Charo, todo un personaje: alta, con cara de caballo, el pelo cardado y una carcajada perpetua. Organizaba eventos culturales y benéficos y arrastraba a un montón de mujeres con su actividad. Era un torbellino.

Fue la segunda que murió, después de Marigeles.

Mavi era algo esotérica y, a mi madre, aunque le diera trabajo de costura para ayudarla, le parecían bobadas los temas de los que hablaba: luces, energías... A Flora le hacía gracia, le presentaba a gente diferente y se apuntaba con ella a actividades como el control mental.

Eran de todo tipo las amigas de la tía Flor, no le hacía ascos a ninguna, ni a las más aviesas.

También estaban las Casaseca, de muy *buena familia*, recalcaban mi madre y ella. O Marta y Aurora, que iban en un pack, una rubia y otra morena, altas, escandalosas e insustanciales.

Fue una pena cuando se empezaron a interrumpir las visitas y los cafés por la enfermedad o la muerte de unas y de otras.

La que más aguantó a su lado fue Pilar. La llamaban la *secre* porque era la que organizaba el libro fórum, hasta hace bien poco, tomaba el tren en las Rozas cada miércoles y se iba a Madrid a ver a Flor, aunque ya no pudieran conversar, aunque solo pudiera ofrecerle un soliloquio y algún gesto de afecto.

Todas ellas, junto con mi madre, fueron su sostén, su perro guía, su bastón.

Ha pasado el verano de 2019 y ya apenas responde.

La abrazo, la beso y se queda pegadita a mí. Alza las cejas. Le doy la mano y no me la suelta. Le pasa con las servilletas, los cubiertos...

“¿Quieres una cerveza?”, me ofrece Paco.

“Voy yo a por ella. Flora, ¿quieres un *buchito*?”. Así lo decía ella. Alza las cejas, detecto cierta alegría.

“Se la damos sin alcohol”, dice Paco, “si lleva alcohol se excita demasiado”.

Pero ella ya me ha dicho que sí, ha alzado las cejas y no la voy a dejar con las ganas, con las pocas que le quedan de cualquier cosa aprovecho el resquicio.

“Fiesta, fiesta”, digo con alegría, “Flora, hoy con alcohol”.

Tengo la sensación de que se le ilumina la cara casi a la vez que a Paco se le ensombrece. Hace ya meses que no la dejan fumar. Se atraganta con el humo, se le cae la ceniza. Tengo la sensación de que por eso y por todas las demás renunciadas, cuando le pongo el vaso en la mano con dos dedos de cerveza, se lo lleva a la boca con ansia. “Está fresquita, ¿verdad?”.

Bebe rápido y se atraganta. Se le escurre por los lados de la boca. La limpio con una servilleta sintiendo la mirada de Paco pendiente de la magnitud del posible desastre.

“¡Qué rica!”. Bebo con ella. “Chin chin”.

Nos callamos un poco, o más bien yo, porque es un monólogo en el que trato de dejar espacio para sus palabras, para que lo que piensa tenga un hueco y lo escuche por dentro, aunque no lo pueda decir en voz alta. Estoy segura de que las frases se forman en su mente y resuenan en su cráneo como contra unos altos muros de los que no pueden salir.

“Vamos a dejar el vaso en la mesa, si se nos cae me van a regañar por dártela con alcohol” le susurro en el oído. A ella le da igual, está aferrada a su vaso. “No sin mi cerveza”, parece decir.

Se lo acerca a la boca sin llegar.

El vaso tiembla peligrosamente, pero no consigue atinar con los labios.

Le ayudo.

Bebe.

Me pongo muy cerca con los brazos apoyados en sus hombros y le cuento confidencias, sobre cómo está el *manito*, hemos tenido algunos desencuentros, lo cansada que estoy de las preocupaciones de los hijos, lo flojita que está mi madre porque le han operado de la rodilla; llevan meses sin verse las dos hermanas. Parece escuchar atenta.

Hoy puedo dedicarme a ella del todo porque me he llevado a mi hijo mayor que habla con Paco, de lo contrario mi tío me atendería y yo no podría decirle al oído esos pequeños secretos.

No sé si mis palabras atraviesan la capa de tinieblas, pero por su gesto diría que sí, al menos algunas, o simplemente le gusta la atención, como a cualquiera.

Le hago una caricia en la pierna y mi mano casi puede darle la vuelta al muslo.

“Te estás quedando en los huesos, Flora, y eso que me dicen que comes muy bien”.

Me acerco a mirarle el ojo. Hace unos días se intentó levantar sola y se cayó. Le dieron varios puntos. Han tenido que comprar un cinturón que la sujete a la butaca. Tiene toda la cara hinchada y un esparadrapo sobre la ceja derecha.

Le miro el lado izquierdo que es donde le han cosido. “Lo tienes mejor. ¿Te duele?”, le toco despacio, parece muy atenta. “¿No? Tienes el pómulo morado y amarillo, sigue inflamado, pero el párpado y la frente han bajado, antes te llegaba hasta aquí”, y le señalo

tocando un lugar más abajo, “los puntos se están reabsorbiendo”. Paco se acerca intrigado. Los dos miramos con atención, ella tiene la cabeza ligeramente echada hacia atrás para facilitármolo, sus ojos parecen ver. “Mira, tío, la parte de abajo de estos tres ya no está”, le digo.

“Es verdad, no lo había visto”.

“Los nuditos de arriba se caerán pronto con el roce de la almohada. Sí, Flora, lo tienes muy bien. Dentro de poco ni se te nota. Tienes que intentar no levantarte sola”. Me brota la madre pesada que da consejos que nadie va a seguir.

Araceli viene con la merienda. “Me di vuelta un momentito y ahí se fue para el piso; fue solo un segundo”.

“Si es que no se queda quieta”, dice Paco con tono de cansancio.

“Normal, debe estar más aburrida que una mona”.

Llega la hora de irse.

Mi hijo le acerca la cara y ella parece que le da un beso.

Yo la achucho.

“¿Cuánto te quiero?”

Hace un gesto con la mano, como abriéndola.

“¿Y cuánto me quieres tú a mí?”.

El gesto se intensifica.

“Nooooo, yo te quiero más”.

Parece que sonrío. Es un gesto muy ligero, pero está ahí.

“¡Anda!”, dice Paco, “llevaba varios días sin responder a nadie”.

No hay nada mejor que la cerveza para soltar la lengua, pienso, y me voy con el corazón menos pesado que otros días.

“Fiesta, fiesta”.

Flor era divertida y gamberra, una metralleta de chistes que contaba fatal porque empezaba siempre por el final, pero las risas eran las mismas.

Tenía una memoria prodigiosa y se acordaba de los nombres de todos los parientes y conocidos; por arriba, por los lados, cualquiera.

“¿Cómo se llamaba la hija de *Tal* que tenía dos años menos que *Cual*?” le preguntaba mi madre, y ella respondía sin dudar.

Y era también la primera en bailar hasta la madrugada en fin de año y en sumarse a la conga con bengalas de esas de estrellitas.

“¿A ver cómo se baila ahora?” te tocaba para sentir tus movimientos y los imitada con grandes risas y un *no sé qué* de *swing* pasado de moda.

“¿Sabéis aquel *que diu*...?”

“A ver tu vestido... Uy vaya tipazo”.

“Qué va tía, si estoy más gorda que nunca”.

“¡Qué pelo más largo!” Sus manos acariciaban mis rizos desde la mitad de la cabeza hacia abajo.

“¿Has leído algún buen libro últimamente? Escribemelo en un papelito que luego lo pido en la ONCE. Si no lo tienen, me lo graban. ¡Tienen unas voces tan bonitas!”, decía.

Ahora hay muchos audiolibros, pero entonces no existían y la ONCE los producía; tenía una gran *audioteca*.

Que te lean es como encontrarte con un texto en otro plano de la realidad. Lo he experimentado con el falso *manito*, pues me lee alguna poesía o algún relato corto de vez en cuando. Escuchar a otro da a las palabras una dimensión distinta. A mí me cuesta, tiendo a irme

a las nubes más fácilmente, lanzada por una imagen o un pensamiento. En realidad, sucede lo mismo cuando se lee hacia dentro; una se da cuenta de que lleva media página leyendo sin leer y la vista vuelve hacia atrás a saltos hasta llegar a algo que se recuerda; o se repite la lectura de algún párrafo para retomar el hilo o, mejor aún, se mira a ningún lado para que las palabras escritas jueguen con la propia mente y se produzca el baile.

¡Ay! Cuando es otro el que lee, una dice: “Perdona, me he ido, ¿puedes repetir lo último?”

“¿Desde dónde?”

Si lo supiera no me habría perdido. Es difícil rebobinar a otro.

No sé cómo haría ella, si le sería fácil darle hacia atrás, si sus lecturas estaban llenas de espacios en blanco y vagabundeos mentales o no, pero las voces eran bonitas.

“¡Y qué bien leen!”.

También interpretan. Es lo que me parece a mí cuando Jorge me lee: que la entonación es ya interpretación y que sus ideas marcan las comas y los puntos.

Ahora el programa *Jaws* lee a toda velocidad lo que pone en pantalla para que las personas invidentes naveguen y manejen el móvil; es fascinante verlo.

A eso no llegó la tía Flor, ella se quedó en un móvil del pleistoceno que tenía un puntito con relieve en el número cinco para guiar su dedo al centro del teclado, aunque sus amigas utilizaban más el teléfono fijo, que comunicaba la mayoría del tiempo de las muchas llamadas que recibía.

Pienso que la diferencia entre un audiolibro bien narrado y el *Jaws* es parecida a la que hay entre leer en papel y en electrónico, se pierde una parte del sentido físico y sensual que tienen los textos.

Le escribía en un papelito tres o cuatro títulos elegidos en función de sus gustos, de lo que yo había leído, de otros libros que sabía que le habían interesado. A veces acertaba, a veces no.

“Son las dos y veinticinco,” le soplaba el reloj que había acercado a su oreja, “hora de comer”.

Se levantaba y caminaba por el largo pasillo sorteando hábilmente los obstáculos que se había empeñado en poner para que hicieran bonito: unas ramas, una cortina, un brasero; como las voces que le leían, como su ropa cuidada y bien combinada que le ayudaba a sentir que ella también era bonita.

Conozco el final de esta historia y no sé si quiero que tarde en llegar o que suceda mañana mismo.

Otro día fui con mi hija Laura; debía ser octubre de 2019; me da pena que no pueda tocarla; es silenciosa y risueña y no sé si Flor llega a percibirlo, antes lo hacía, percibía todos los estados de ánimo, hasta los más sutiles. Aprovechamos la ausencia de Paco para llevarla a pasear en la silla de ruedas; hacía tiempo que no salía de casa.

Disfrutaba del aire y de nuestra alegría. La presencia de mi hija me ayudaba, no solo a levantar la silla en los lugares poco accesibles, sino a contarle cosas.

Era una mañana cálida y en el barrio no había mucha gente, una mujer mayor con el carrito de la compra, otra con uniforme fosforito vigilando el pago del aparcamiento. Es una zona residencial tranquila.

“Mira Laura, ahí estaba la tienda de encurtidos del *marica*, ¿recuerdas Flora? Ahora no queda bien llamarle así, pero era como se le conocía en el barrio”.

Recuerdo perfectamente su cara angulosa, su nariz afilada y bien dibujada y el olor de la tienda, a pepinillos, cebolletas, aceitunas. Solo de pensarlo se me hace la boca agua. Las cogía con un colador de metal blanco con ribete azul oscuro que nos tendía para que probáramos alguna.

“Ahora hay un chino, Flor. ¿Qué fue de él, lo sabes?”

Seguimos caminando.

Damos la vuelta a la esquina y nos encontramos en la Avenida del presidente Carmona, es una calle en forma de u con un bulevar en el centro; los árboles frondosos embellecen los edificios feotes pero bien cuidados; hay bancos en el centro y pequeños setos protegidos por verjas bajitas de hierro.

Al fondo se ve una iglesia voluminosa con dos torres de ladrillo y una cruz alargada, parece más bien un cuartel.

“En esa parroquia me bautizaron, se llama San Amaro” y canto la cancioncita de la pila y el ángel. Flor se ilumina. Me acuerdo de la foto que tenemos los tres en las anchas escaleras de acceso y le hablo de lo guapos que estaban el tío y ella.

“Era un dandi Paco, ¿verdad?” Sonríe, pero no reacciona a mi comentario.

Huele a marihuana cuando pasamos por un parque infantil con bancos en los que hay un grupo de chicos sentados. Se han debido saltar las clases.

“Flor, ¿notas el olor?”, le digo al oído, Laura me mira y se ríe, “es hierba”. Nos alejamos y continúo en voz alta: “¿Recuerdas que nos decías que la querías probar? Me parece que te vas a quedar con las ganas”, lo tendríamos que haber hecho, pienso, nos dio miedo que le sentara mal. “En cambio, no te quedaste con las ganas de probar la sauna ¡en pleno invierno!”.

Noto que hace un gesto; para ella fue importante, tuvimos que romper el hielo de la piscina para meternos. Se lo cuento a Laura que entonces era pequeña.

Es como si las tres hubiéramos viajado a aquella noche de invierno; ella no veía las estrellas que brillaban con intensidad, pero yo se lo contaba, sí oía los golpes del palo del rastrillo contra el hielo. Nos metimos de la mano y chillamos al unísono, aunque tras la sauna el frío apenas se notaba; la piel estaba roja y dormida.

“Fuiste la única de los mayores que se atrevió.”

Seguimos paseando.

“¡Mira!, sigue existiendo la zapatería del gato”.

Mi hija me mira con cara interrogativa.

“Había un gato tumbado en el escaparate a todas horas. Era gordo y gris. Ahí comprábamos los zapatos del colegio”; era también nuestro barrio antes de mudarnos a la casa de las afueras en la que ellos tuvieron una habitación.

“Una vez, Flor, le pedí a tu hermana unos zapatos de flamenca, los quería rojos con lunares verdes y una borla rosa”.

“¿En serio?”, dice mi hija con cara de asombro.

“La abuela me seguía la corriente y preguntábamos en cada zapatería por la que pasábamos. Nunca los encontramos, claro”.

Le sigo contando cosas del barrio y, cuando la llevamos de vuelta a casa, estoy contenta, ha salido de ese salón oscuro y ha tomado el aire un rato.

Mi madre me dice con mucha tristeza:

“Qué difícil le resultó todo”.

Se queda pensativa antes de continuar; como si recordara y tratara de olvidar al mismo tiempo.

“El día en que se quedó completamente ciega estábamos en la piscina con tu padre”, respira antes de seguir, “de pronto dijo: ¡Angelines, no veo nada! ¡Se ha apagado todo!”, se queda callada, yo también, luego continúa “La llevamos a casa y cuando estábamos solos en la habitación, le dio un ataque de risa”.

Imagino que fueron a ese piso luminoso del barrio de la Concepción que ella ya no podía ver, tal vez esa broma pesada del destino es la que le hizo romper a reír como si hubiera perdido el sentido.

“Qué pena”, dice mi madre, “estuvo riéndose a carcajadas más de media hora, fue muy duro”.

Se me encojen las vísceras por dentro cuando la escucho y no soy capaz de preguntarle nada más

Jamás la consideramos minusválida; era despierta, alegre, neurótica, con un pronto fuerte, pero no minusválida. No era por consideración, ni por conciencia o por piedad, simplemente no lo era.

Ana me cuenta cómo la vigilaba mientras se suponía que estudiaba; ella cantaba notas de música en voz alta o fórmulas matemáticas mientras leía un tebeo; su madre no la veía, pero ahí estaba tratando de que su hija estudiara.

Una sola vez la vi mostrar tristeza por su ceguera.

“Vamos a ver vídeos antiguos”, se le ocurrió a alguien. Estábamos sentados alrededor de la televisión.

“Mira qué mono”. Alguien se lo traducía: “Es Mario en un anuncio que hizo, tiene unos ojos azules increíbles”.

“Oh, pero mira...” “Estáis las hermanas de rojo y amarillo”.

“Ja, vaya pintas”. “Es María con el pelo de punta”.

La mayoría de las veces estábamos tan absortos en la contemplación, tan impactados por el pasado, que se nos olvidaba la traducción de la imagen a palabras; era tan limitado el intento de transmitirle lo que nuestros ojos veían que resultaba patético.

Alargó su mano hacia mí: “¿Me llevas a tu cuarto que me quiero echar un rato?” Yo la acompañé mirando de reojo la pantalla para no perderme nada; las fotos hacían patentes los cambios y evocaban recuerdos perdidos. ¿Cómo se traducía eso?

Se acostó en mi cama llorando. “Me traes la radio, por favor”, supongo que quería ponerla muy alto para no oír nuestros comentarios.

Es de las pocas veces que la he visto tan abatida, aunque lo más probable es que de joven no mirara lo suficiente.

Acabo de colgar de hablar con Ana. Está apática en este octubre de 2019.

Hace poco me decía: “No sé si estoy yo fuerte para lo que se me viene encima” y hoy añadía: “No tengo ganas de vivir, ni de hacer nada”.

Le comento que a su padre le sucede lo mismo: “Es un hombre inteligente y capaz que prefiere la mesa camilla a cualquier actividad. ¡Cuánta potencia escondida en una cueva!”.

Ana se colocó muy joven de administrativa en el Banco Hipotecario para irse de casa y no tener que aguantar las protestas constantes por sus malas notas, ni asistir a las broncas de sus padres en las que, al parecer, llegaban a volar los ceniceros. Ha trabajado allí toda su vida. Tuvo oportunidades de cambio, como Paco, pero no estaba dispuesta a renunciar al horario de mañana. Su salud precaria no ayudó; ha estado los últimos diez años combinando bajas con periodos de actividad.

Me responde: “Lo mismo le digo a Adriana, que tiene un enorme talento, pero pasa por encima de las cosas”.

Adriana es su hija, una mujer ya, de diecinueve años, inteligente y profunda, que transita la enfermedad de su abuela con cariño y resignación. Es el centro de la familia de Flor; se agarró a la vida por los pelos y por la voluntad de Ana y de Luis, su padre.

Su llegada fue convulsa.

Paco quería hacer cada vez menos cosas, en todos sitios veía riesgos. Para mi tía también era más sencillo no moverse, viajar tenía poco atractivo y en casa conocía el lugar de los objetos; todavía no me explico cómo se animaron a ir a Cartagena de Indias con nosotros.

A mis padres, les convenció mi hermana de tirar la casa por la ventana e ir toda la familia a conocer a mis dos hijos mayores, vivíamos en Colombia y aún no teníamos los papeles

para viajar. Supongo que el afecto que me han tenido siempre es lo que decidió a mis tíos a salir de la calle Orense y lanzarse con los demás cruzando el Atlántico.

No podía salir bien.

En seguida la ilusión se tiñó de rojo porque Ana, que estaba embarazada, casi pierde a Adriana. Tuvo que estar los siete días en la cama, mientras Paco se moría de preocupación y los demás hacíamos lo que podíamos.

Allí conocieron mis hijos a esos primos que estarán a su lado en los momentos importantes; es lo que tiene la familia, que te acompaña hasta la muerte, como hago ahora con Flor.

Nunca había visto a Paco tan alegre, tan pleno; creo que precisamente eso era lo que él quería evitar, tal vez porque la experiencia le había demostrado que el precio a pagar por cada momento de felicidad es excesivo.

Aquella vez también lo fue.

Día y medio de placer y meses de incertidumbre y sufrimiento, pues Adriana nació prematura y estuvieron mucho tiempo bregando para que se desarrollara sana y sin secuelas.

Ana afirma que no tiene ganas de vivir. Paco y Flora también lo han dicho muchas veces; yo creo que siguen aquí porque son *disfrutones a pesar de ellos mismos, a pesar de todo*; tienen un impulso vital intenso.

Aquel día en Cartagena, cuando caminábamos sobre la antigua muralla, con el mar turquesa a la izquierda y las casas de colores a la derecha, vi con absoluta claridad al otro Paco, al que se quedó por el camino.

Estaba dicharachero, lo miraba todo, comentaba sobre los fuertes que defendían la ciudad de los corsarios, preguntaba, tenía una alegría desbordada, conocía muchos detalles de historia, de geografía. Cada edificio, cada persona le resultaba interesante. Agarrada a su brazo

iba Flor, con su pelo corto alborotado por el viento, sonriendo admirativa, reencontrándose probablemente con el hombre del que se había enamorado, ese que gozaba, conocía, se interesaba.

Aquel atardecer, con el sol del Caribe tiñendo nuestras caras de naranja y morado, Paco era otro hombre. Qué poco duró el hechizo.

No; una no está fuerte para lo que viene; acabamos (como quien dice) de topar de frente con nuestra propia decrepitud y vemos como nuestros padres están de partida. Ese es nuestro ahora. Al menos los jóvenes empiezan a comprender.

Flores nuevas, flores que caen.

A los pocos meses de regresar de aquel viaje, Ana casi se desangra al desprendérsele la placenta. El embarazo no había llegado ni a los siete meses.

Cuando llegó a urgencias de su hospital en Toledo, preguntó a la médica si había posibilidades de que la niña saliera adelante; la mujer le respondió que de momento iban a intentar salvarla a ella.

No preguntó nada más.

Ana volvió a agarrarse fuerte a la vida, y más fuerte tuvo que hacerlo Adriana, que nació con poco menos de un kilo y bajó hasta los 750 gramos, antes de anclarse a la incubadora y a los brazos de sus padres.

Ana no pudo subir a verla el primer día, tenía terror de no ser capaz de soportarlo si la perdía, pero allí estaba Luis, para apostarse su fe a una carta y rezar por la vida de su hija mientras la miraba a través del plástico de la incubadora, para acompañar a Ana a verla, para emocionarse los dos ante la posibilidad de que sobreviviera.

Años más tarde no le sirvieron los rezos a Ana y Luis murió tras duros meses de pelear un cáncer de pulmón. Hasta ahí llegó su fe.

¿Por qué te habrán resultado las cosas tan adversas, Flor? A ti, a Paco, a Ana.

Supongo que era bonita la vida cuando era limpia y con algo de luz, por poca que fuera, cuando sentías a tu lado a Paco, alto y delgado, con su pelo liso peinado y brillante hacia atrás, las entradas amplias invariables en el tiempo; las bolsas bajo los ojos que sí se fueron hinchando y cayendo, pero no su aire vagamente cinematográfico.

Las relaciones de los tres fueron tirantes desde que yo las recuerdo; Ana se revelaba en aquel ambiente que yo imagino opresivo. Es inteligente, pero no estudiaba, la habían

cambiado a un colegio buenísimo en el que no logró adaptarse, ni con toda su simpatía, entre las hijas de ministros y embajadores. Fumaba, hacía pellas, Paco gritaba.

No sé qué sintió Flor cuando Ana se escapó de casa sin haber cumplido los veinte. Fue una tragedia familiar. Nadie pensó entonces que se iba para no volver. Estuvo un tiempo en casa de Luis, al que había conocido en el banco, y luego se trasladaron los dos a Valladolid, a Sevilla y finalmente a Toledo. Ana se mantuvo a una distancia prudencial; siempre cerca y siempre lejos.

Luis, tenía la barba entrecana desde joven, gruesas gafas, algo de estrabismo y la cara de bueno más grande con la que me he cruzado; y no era solo la cara.

Llegó, cuidó, suavizó, acercó; para cada ocasión tenía un detalle, una palabra de cariño, un mimo. La contraposición a Paco. Fue como una luz en la familia.

Cuando se fue con cincuenta y tantos, dejó una parte de la claridad que había traído con él, una suavidad nueva en la mirada de Ana.

Ayer me dijo mi madre que los tíos van a estar en el pueblo con Ana y tendré a Flor muy cerca.

De pronto me acuerdo de que estaré de viaje. Vuelvo en dos semanas.

¿Debe uno interrumpir la vida y ajustarla al cuidado?

Yo he multiplicado por cuatro o por cinco mis visitas. Trato de ampliar, pero son tantos los frentes que no llego a más.

¿Hasta dónde se entrega una?

Cuando estás muy cerca, el cuidado te absorbe casi con totalidad.

Los demás intentamos apoyar, pero estamos ocupados y vivimos lejos; son rasgos comunes de este mundo que cada vez tiene más viejos y menos tiempo para cuidarlos.

Los hermanos de Paco van cada día. Están jubilados y su casa está a dos manzanas, pero igual Flora se siente sola, o eso creo. Voy a tratar de ir más a menudo.

Me hago el propósito de incluir alguna llamada de vez en cuando; aunque ella no pueda hablar, al menos le digo que la quiero.

Me cuesta ir a verla.

No lo hago de forma consciente; entre que estoy fuera, luego tengo un curso, voy a Madrid y se me olvida, va pasando el otoño; iré el jueves que tengo una reunión, pero me la cancelan...

El otro día Ana me dijo que Flor está enfadada porque no vamos o no estamos, lo que sea.

Me enseñó una foto de su madre tomada la semana anterior sonriente al lado de Elena, que había ido a visitarla. Es una de las pocas amigas que le quedan del barrio. La miro y me parece una anciana, una muy bonita, hacía al menos quince años que no la veía, los saltos en el tiempo muestran los cambios de forma más aguda.

“A mí no me sonrías así”, dijo.

Esa imagen bien intencionada le va a perseguir mucho tiempo.

Es verdad que estaba luminosa, con una sonrisa que casi nunca he visto porque la tapaba con las gafas de sol, con uno de los muchos pares que tiene.

Hay que reconocer que no le falta razón: su hermana, con la operación de rodilla y la rotura de pelvis, ha estado meses fuera de juego, Ana vive en Toledo y va una vez a la semana, además de cuando Flor tiene médico o hay alguna circunstancia especial, yo voy cada dos semanas; o tres, o cuatro, depende. Los demás van cuando pueden.

Y ella probablemente se siente sola.

Paco, sentado enfrente, no habla. Recibe, cada medio día, la visita de su hermano y, por la tarde, la de su hermana y su cuñado.

Van a verlos a los dos pero supongo que a ella no le pueden hacer mucho caso, es complicado hacérselo. El beso del principio, el del final y probablemente un “Flor ¿cómo estás?” y alguna otra frase de vez en cuando.

Hablan entre ellos, como es lógico. Es imposible entenderla por más que lo intenten. *Ahhhhhh. Ahhhh.* Es lo más que sale de su boca y una especie de tos cuando se ríe.

¡Es tan difícil ir!

A mí lo que me gustaría es tirarme en el sofá a leer junto a ella y decir algo si se me ocurre y estar a ratos, no *de visita* sentada a su lado tratando de interactuar cuando ya no puede.

El otro día también estaría enfadada conmigo, o tuve la sensación de que me quitaba la mano; igual por eso entendí a Ana.

“Qué bien encontré a la prima el otro día”, me dijo mi hermana.

Yo no, yo la encontré fatal; ir a ver a su madre le produce un dolor terrible y no ir también. Se siente mal haga lo que haga.

Traté de recolocarla en el asiento varias veces. Le tomé la mano, me la retiró. Le di agua, se mojó. Trató de quitarse la camiseta.

“Flor, ¿te molesta el sujetador?”

Se lo intenté recolocar. Un pellejillo colgaba hasta la tripa apesado por el aro. Lo metí dentro de la copa, pero siguió igual. Se quería quitar la camiseta una y otra vez.

“Han sido solo unas gotas, se secan en seguida”. En el piso de la calle Orense hace mucho calor, la calefacción central es fuerte.

No parecía convencerle y trataba de quitársela.

“¿No habría que cambiarla?, Paco”.

“Siempre está igual”, dice mi tío. “No le pasa nada”.

Ni contarle cosas, ni cantar, ni evocar recuerdos funcionó.

Charlamos un rato Paco y yo, no nos quedaba más remedio.

Nos miramos.

Nos comprendimos.

Es lo que hay.

Le hablé de mi móvil que se había roto. “No sé si voy a poder arreglarlo, estoy regular de dinero y es un buen pellizco” me quejé por contarle algo.

Llegó la hora de irme. Estaba inquieta, llevaba dos días sin poder trabajar bien por lo del teléfono y ese piso en el que Paco y Flor se sientan delante de la televisión a esperar, me descolocaba aún más.

Paco me dio cien euros cuando me fui temprano para ver si lograba llegar a la tienda de móviles antes de que cerrasen.

“Gracias, Paco”.

Quería llamarle para decirle que me habían venido estupendamente cuando, a los dos días, pagué el arreglo con su ayuda, pero no lo hice. Somos de pocas palabras él y yo, pero él sabe que se lo agradezco.

Quizá esto que escribo es un intento de dignificación de ese ser que sigue siendo y al tiempo no es, que está y no está en ese cuerpecillo y en ese manajo de movimientos repetidos con una cadencia que desespera a Paco y al más templado.

Esa tía Flor que aparenta estar remota, pero cuya presencia sigue ahí en sus ojos y eso que no ve; unas veces se nota de forma muy clara y otras más tenue. Qué pena que los tapara con gafas de colores a juego con el pintalabios. ¡Son tan expresivos! Ahora no las lleva porque se haría daño y por fin se los veo.

Alza las cejas y me recuerda un *no sé qué* muy familiar que podría ser de mi madre o de mi abuela, es algo difuso que está presente también en la siguiente generación.

Lo hace cuando trata de comunicarme algo y leo mensajes en sus ojos, aunque una parte sea blanca. Qué pena de cultura que enseña a tapar lo que nos hace bellos porque no está dentro del canon.

Descubro una nueva Flor allí donde parecía que no quedaba nada. La siento sonreír como si pensara: “Nos ha *jodio* mayo.”

Sería una expresión más fina y más gamberra, como cuando decía “me la porta flauta” si algo le importaba poco.

Sigue fuerte la presencia de Flor allí dentro, aunque se mueva cada pocos segundos.

La falda para arriba.

Estirarse.

Escurrirse.

Y, en medio, un movimiento raro con el cuello.

Por lo que sea, no podemos asimilarlo al mar, a ese vaivén que tranquiliza. Esto es más bien como el llanto de un bebé, te saca de quicio; sobre todo a los que están con ella todo el día. Los que vamos de visita nos podemos permitir el lujo de traducir la situación en palabras, pero para el que está a su lado de forma permanente, ese vaivén es un sin vivir o eso se ve desde fuera. Supongo que cada persona lo vive de manera diferente, aunque es posible que haya ciertos colores predominantes en todas las historias de ocaso.

Se acaba el 2019. El otro jueves, tuve un rato a solas con ella, Paco había salido a un recado o al médico, últimamente no se mueve de su lado.

Tras una tanda de besos tan larga que hasta se retiró un poco, me senté a su lado, acariciándole la mano. El tacto es el único sentido que le queda en forma, y el olfato supongo, pero es más difícil relacionarse con él, es un sentido solitario, de absorción; puede producir atracción, rechazo o siete tomos que buscan el tiempo perdido.

“Hola Flora. Estoy contenta, he publicado un librito que está teniendo buena acogida. Me han hecho varias entrevistas y a la gente le gusta. Es un comic. Una de las protagonistas se llama Flor, en tu honor; la despiden por equivocación.”

Lo he debido decir con tono de guasa o le ha hecho gracia que un personaje lleve su nombre porque suelta esa mezcla entre ronquido y tos con la que se ríe ahora. Me contagio y suelto una carcajada. Ella vuelve a roncar. Hemos logrado atravesar la niebla.

“¿Tú estás bien, Flora?”

No espero respuesta, pero sube mucho las cejas y aplaudo. ¡Ole!

“¿No te duele nada?”

Silencio.

“¿Estás a gusto?”

Vuelve a levantar las cejas.

Hago una fiesta, y la abrazo, y la beso, y me pongo a llorar.

Ya no puedo seguir hablando.

Lo intento, pero las palabras se me hacen un nudo con las lágrimas en la garganta.

Creo que lo nota porque, de pronto, pone su mano encima de la mía y su pie sobre el mío.

Río.

Lloro.

“Gracias bonita”.

Y lloro.

Y lloro.

Y ella aprieta un poco.

“Quién nos ha visto y quién nos ve, ¿verdad Florita? Espera que voy a por un Kleenex.”

Me calmo y le pregunto cómo encontró el día anterior a mi madre, que ya se ha recuperado y va los sábados.

“Ya está mejor de la rodilla y su ojo le ha dado una tregua. Va a pedir una segunda opinión antes de operarse. La entendemos, ¿verdad?”

Ahí esperaba una reacción, pero no la hay.

Al rato viene Araceli con una gelatina y un vaso de agua.

“Tiene que hidratarse”.

Mientras le da la merienda, le pongo un vídeo de YouTube que enseña a hacer manualidades. Me la imagino en ese cuarto que tiene al otro lado del pasillo, horas sentada ante la televisión que está puesta bajito para oír a Flor y me aburro solo de pensarlo.

Al rato, vuelve con los polvos de color, el pintalabios y unas gafas de sol a juego con el jersey.

Enseguida llega mi tío.

“¿Salís a comer?”

“Sí, viene Ana, vamos al Tony Romas, que siempre hay sitio y es fácil acceder con la silla.”

Fácil es lo único necesario en este momento. La comida, que antes determinaba la elección, importa poco.

Me despido tras asegurar a Paco que no me puedo quedar a comer.

“Gracias por venir.”

Salgo contenta. La tía Flor sigue ahí dentro; hoy me ha consolado.

Cuando Ana habla con pesadumbre sobre su infancia, mi madre se siente mal porque ella hizo todo lo que pudo, intentó que la vida de Ana fuera lo más normal posible, la traía, la llevaba... *Hacer* es su verbo preferido.

“Si alguna vez me queréis torturar” me dijo un día, “dejadme sin hacer nada”. Últimamente lo ha pasado mal con la operación de rodilla y la rotura de pelvis.

Flor debía ser parecida y resultaría terrible estar tumbada sobre la cama, a oscuras, sin nada que hacer durante un año entero. El resultado fue una depresión grande y el desajuste en el sueño que la acompañaron siempre a intervalos.

Creo que por eso la ausencia de *la voz* de Paco era lo que más le entristecía, esa voz se había apagado cansada de las fuertes discusiones, supongo, a ella le habría gustado conversar con él, pero se mantenía mudo; tampoco podía ver su cara ni sus gestos y tal vez sea mejor así, porque no siempre eran amables, o igual no eran amables porque ella no los veía; aun así, estoy segura de que algo sigue latiendo ahí, tras esos nubarrones que aprisionan a Paco, sigue latiendo tenue la luz morada que vi en el Caribe.

Hace unos meses, estaban en la casa del pueblo, que está muy cerca de la mía, y fui a saludar. Ya Flor respondía a pocas cosas, pero seguía cantando o intentándolo. Empezamos primero con las cancioncitas familiares y luego pasamos a lo que se llevaba en su época: boleros, pasodobles... Busqué en el móvil las *Dos gardenias* de Machín y la puse.

Ana, con guasa, le dijo a Paco que sacara a bailar a Flor y este lo hizo.

Qué cara de felicidad la de mi madrina, no podía mover casi los pies, pero daba gusto verlos agarrados bailando, Paco con soltura y gracia y Flor siguiéndole como podía. Ana sacó una foto y la mandó al grupo de la familia. Seguro que ese momento le dio calorcito a la tía durante un tiempo.

Mi tía preciosa, tus piernas parecen ramas finas, estás inmóvil, incapaz de hablar, de ver y en cambio sigues ahí, iba a decir detrás, pero no es cierto, tu *ser* sigue presente, con toda tu ternura y toda tu alegría y al mismo tiempo sin ellas.

Hoy, tu risa con forma de tos ha salido varias veces y se me escapaban las lágrimas. Cuando tengo enfrente al tío, siento la necesidad de guardarlas, pero estaba Araceli y con ella no me hace falta disimular, ella entiende, es la que te habla a lo largo del día, la que sabe que cualquier estímulo te favorece, es tu contacto con el mundo.

El tío también lo intenta. Cuanto más te vas, más cariñoso es contigo. El beso de buenas noches que te da en la frente es lo más expresivo que le he visto nunca hacia ti. ¡Cuánto hubieras deseado eso en otro tiempo!, ¿verdad Flor? No sé cómo lo recibes ahora. Pensamos que sufres y tal vez seas más feliz que nunca, sentada frente a tu príncipe todo el día.

El 25 de diciembre Ana se acercó un momento a casa de mi madre. Desde hace años ya no vive en la casa a la que iba Flor, sino en un piso lleno de luz, con vistas a las copas de los árboles. Solemos ir en navidad cada año. Es la primera vez que Paco y Flor no pueden venir. En el poco rato que estuvo Ana, lloró hablando de algo que sucedió hace tiempo, decía que era difícil ver cómo tu madre se intenta quitar la vida; yo no lo sabía, al parecer sí que había hecho algo con todas aquellas pastillas. También dijo que Flor no quería morir por la ceguera sino por el desamor de Paco.

Por eso hoy le he hablado de amor.

En cuanto le he dicho que me había ido con el *manito* a Portugal y que estábamos pasando una época muy feliz, ha reaccionado. Ha tosido con fuerza, esa risa nueva que ya reconozco, y ha puesto cara de asombro. “Sí, Flora”, le he dicho, “a ratos existe el amor”. No sé

si hizo bien en buscarlo con tanta desesperación, pero la entiendo. Es posible que sea una invención, pero cuando se experimenta, resulta asombroso; y ¡qué calorcito da!

“Estamos mejor que nunca, Flor, hemos pasado diez días recorriendo el sur de Portugal en la autocaravana, leyendo, paseando, comiendo...” He omitido follando; igual le habría sacado otra tos, pero me ha podido el que seamos de dos generaciones distintas y que no haya una palabra que resulte menos vulgar. “Los dos recorriendo solos el mundo. Una delicia”. Y tose, y dice “*ah, ah, ah*”. Y eso es enorme a estas alturas; sé que le emociona, que no hay tristeza en su reacción sino más bien un “¿Ves? Hacía bien en anhelar la ternura, el diálogo, la pasión. Háblame de ello, me reconforta que mi búsqueda no fuera tan sin sentido”.

Y cuando ha llegado Paco con su bufanda amarilla y verde, se lo he descrito a Flor, y le he contado lo guapo que estaba; con 87 años, sigue teniendo algo de galán de cine y de inexpugnable; comprendo que le atrajera.

Arranca 2020 y ya casi no puedes caminar. Araceli te lleva como a un bebé de un lado a otro, porque con tus huesecillos sin carne, ya no pesas mucho. Y te tiene siempre elegante, arreglada, limpia. Das gusto. Y tus ojos ciegos y blancos son tan expresivos que sigo pensando (y te digo) que fue un error tapártelos con gafas de colores. Eran bonitas, pero tus ojos lo son infinitamente más. El párpado, las pestañas, las cejas, la cuenca, y eso que ahora no los puedes acompañar de tu palabra desvergonzada.

Hoy, mi suerte ha sido doble porque te ha llamado Ana, que hace días no contesta el teléfono; no tiene ganas de nada, y he aprovechado para hablar con ella. Doble premio: tu risa y la suya. “Te pillo a traición” le digo. Se ríe. Después de hablar un rato, te la he pasado. Te ha preguntado algo: “sube las cejas si *no sé qué*” y has subido las cejas hasta el nacimiento del pelo. ¡Qué bueno verte responder así! Ana, ahora, es también tu princesa; te has tenido que poner muy malita para lograr esa relación con ella que antes era más crispada.

Cuando el otro día, en casa de mi madre, Ana lloró por tu intentona de morir, Adriana le dijo: “Tú tuviste a Papá que te quiso con toda el alma” y Ana, en vez de regodearse en un amor como el que tú deseabas dijo: “y le hice la vida imposible”, lo que no es cierto, le dio a Luis, hasta que murió, alegría, vitalidad y también mal genio y un pronto fuerte, sí, pero lo que no funciona es igual de necesario que lo que funciona.

No hay luz sin oscuridad.

Paco, a su manera, te ha querido más que nadie. Ahí sigue sentado frente a ti, poniendo pildoritas en el pastillero cada semana, igual que en otros tiempos doblaba el bastón que tú llevabas de adorno para que otros supieran que no veías, o colocaba los cartones de tabaco en su sitio y llenaba el cajón de mecheros, asegurándose de que no te faltara nada. Pasivo y no muy comunicativo, pero ahí lo tienes, haciendo lo que puede. La vida no es fácil y unas vidas son menos fáciles que otras. Tal vez si no nos falsearan la realidad con cuentos de

príncipes y princesas, seríamos más capaces de apreciar el silencio del otro, incluso su desgana. Solo tal vez.

Cuando te he dicho que eres una mujer admirable; has tosido fuerte, como diciendo: “qué va” y, cuando te he contado que estaba escribiendo sobre ti, has tosido más fuerte todavía: “qué risa, no sé qué hay que decir o escribir sobre mí”, interpreto. Esto es solo una pequeña muestra.

Después de estar contigo he ido a ver a mi madre y le he dicho que hoy habías estado receptiva, que te habías reído.

“Pues cuando yo voy, NADA”. No tiene mucha paciencia. Si pudiera llevarte a algún lado, moverte como ha hecho siempre, se sentiría mejor. Hablar en vacío le resulta difícilísimo y se encuentra impotente, un sentimiento con el que no convive bien, pero va cada sábado, aunque crea que ya no estás ahí. No te sabe encontrar.

Araceli me ha dicho hoy: “es lo que necesita, que vengan y le hablen”. Pero es difícil, cada vez más difícil.

Finales de enero de 2020; se empieza a hablar de un nuevo virus que ha aparecido en Wuhan, hay mucha confusión. El tío Paco no sale a la calle por miedo. Tanto Ana como yo pensamos que eso está bien, porque muestra que le tiene más apego a la vida de lo que parece o dice.

Ana cree que aguanta para no dejarle el problemón de la tía y también comenta lo duro que es ir cada semana a visitar a su madre.

Cuando fui a verla la semana pasada, me quedé impresionada, es como un esqueleto; pero sigue viva con tenacidad, todavía traga el puré y la gelatina. Ya no puede con el salmón ni la tortilla y se lo echan dentro. En cambio, la ves sentada el poco rato que está erguida y tiene dignidad y cabezonería vital, como esa hierba que crece en una grieta.

Cuando saludé, hizo: *ah, ah, ah*, y yo respondí: “Qué cosas más bonitas me dices, tía Flor, gracias, yo también te quiero mucho”. No hubo más. Luego estuvimos de la mano mientras hablaba con Paco; eso sí, con voz alta para que ella me oyera bien si es que algo le penetra todavía. Miraba sin ver, tiesa, con sus *manitas de pollo*, como dice Ana, metidas hacia dentro por la rigidez de la enfermedad.

Ana nos hizo reír cuando estuvimos con ella el otro día; a pesar de su depresión y sus vértigos, aun hablando de su madre, conserva el sentido del humor.

“La otra noche”, decía entre carcajadas, “no encontraba el móvil y me llamé con el fijo para buscarlo. A la mañana siguiente suena el despertador, lo apago y, de pronto, empieza a sonar el fijo. Las 7:45 de la mañana. Como ya no se usa, me asusté. Me voy corriendo a responder, acojonada, descuelgo: ¡diga!, ¡diga!, nadie”. Nos reíamos contagiadas por su risa y su forma de contarlo. “Joder, quién será el imbécil que llama a una casa tan temprano, ¡qué susto! Llego al cuarto y mi móvil está iluminado. Me pongo las gafas y veo que, en vez de apagar el despertador, había llamado al fijo.”

Siguió con guasa: “Ay, Anita, pareces tonta, pero me lo decía con una palmadita en el hombro y una sonrisa de alivio. Todavía podía visitar esta semana al cadáver de mi madre viva.”

Qué liberador es hablar desde algunos sitios, por dolorosos que sean.

Con la llegada del Covid me han cancelado todos los cursos previstos para los próximos meses. Estoy muy preocupada y, aun así, soy consciente de que tengo suerte, puedo aguantar un tiempo.

Como Flor, que tiene en su vida a Araceli gracias a que Paco trabajó varios turnos, no se fue con aquella mujer que le dio la ilusión momentánea de que otra vida era posible, gastó por debajo de sus posibilidades y puede pagar a este ángel que lo es por su entereza, por su ternura y por su integridad.

¿Cómo se plantea una sociedad tan longeva el futuro?

¿Sería la eutanasia para los que no desean pasar por un deterioro tan grande una solución parcial? No se habla de ello y, menos, a fondo.

¿No es lo natural? Lo hacen los elefantes, las ballenas, los delfines cuando presienten el final de sus días, se alejan de los demás para dejarse morir en un acto íntimo y sereno.

Araceli logra que Flor siga viva. La baña, le da de comer, la mimó, le pone la radio aunque casi no oye, le cuenta la serie de la tarde aunque no entiende nada, le cura las heridas que le salen por estar sentada tanto tiempo, le cambia de postura para que no salgan más y lo hace todo con una dignidad que le da dignidad a Flor. También lo hace con un punto de seriedad, no en vano se ha tenido que separar de su marido y sus hijos para estar aquí.

¿Quién lo haría si ella no estuviera?

Flor tendría que ir a una residencia, pero no hay plazas y, después de haber visto con la pandemia, cómo están tratados algunos ancianos, me estremezco.

Paco siempre ha sido muy previsor, por eso me pudo dar un regalito el otro día, esos euros que me deslizó en la mano casi con vergüenza cuando me iba tras haberle contado mis últimas penurias; un regalo que ayuda en estos tiempos difíciles y que produce calor, sobre todo

cuando otro que está más cerca, ni me ha tendido la mano. No se puede tener todo, Flora, unos amores te aportan preciosas palabras y, otros, actos nobles.

Siento un profundo agradecimiento hacia Araceli, por ser seria, por no ser condescendiente, por su coraje. No creo que ninguno de nosotros hubiera sido capaz de cuidar así a la tía Flor.

En general no hay trabajo peor considerado y retribuido que el cuidado, lo vemos claramente con la pandemia, es fundamental pero carece de prestigio y, cuando hay lazos de sangre, ni siquiera se retribuye.

En este caso no es así. Araceli es una más, o tal vez es *la más*, todos la consideran el pilar de la situación y tiene un buen salario, pero no es lo habitual.

¡Mundo injusto!

¿Y qué hacemos?

Unos pelean, otros se vuelven imbéciles, así no se sufre tanto, otros se agarran a la fe o se montan una explicación paralela o, los que no aguantan tanto padecimiento y tanta inconsciencia, se mueren directamente.

Morirse, como podría hacer Flor, aunque ya no está en su mano, tal vez lo desea o tal vez no; nadie lo sabe.

Tenías razón en buscar el amor, Flora; cuando la afinidad y la calidez le dan intensidad a una relación, es como si se hubiera encontrado un tesoro; una llave mágica que abre el premio del que tanto habían hablado y del que una dudaba. El error, supongo, es tratar de prolongarlo en el tiempo.

Tú lo tuviste con Paco. No sé cuánto duró, tal vez hasta hoy, tal vez no.

Tú creías que Paco no te quería, él también.

Anhelabas volver a ese sitio en el que todo es posible. Qué amor tan grande el tuyo, y tan pequeño. Qué amor.

Abril de 2020.

Este año por mi cumpleaños solo he podido hablar con Paco.

Espero que la tía Flor no se muera en estos tiempos de confinamiento estricto en el que solo podemos salir a la calle para las compras esenciales. Llevamos así varias semanas.

Salen imágenes en la televisión de cómo mueren las personas solas en los hospitales y cómo echan de menos la mano de una persona querida para acompañar sus últimas horas. El personal sanitario lo suplente como puede, aunque no sé qué produce en un moribundo una mano enguantada y una cara cubierta por dos mascarillas y una careta transparente; tal vez la mirada tierna llega en representación de otros afectos.

Me gustaría despedirla como se merece.

El otro día, hablando por Skype con María José, la primera mujer de mi hermano, me preguntó por Flor. Vive en México y cuando viene a Madrid nunca deja de visitarla, por más compromisos que tenga. Flor la recibía con gusto, es una persona entera y cariñosa.

Le conté que está cada día más ausente, o más lejos, no recuerdo la expresión que utilicé, o tal vez dije: cada día peor, apenas reacciona.

Le pregunté si con su madre había sido parecido; murió hace poco tras una larga enfermedad mental que no era Alzheimer pero se le parecía. Le comenté que yo tenía la sensación de que Flor seguía allí dentro y que por eso me daba mucha alegría cuando lograba conectar.

“Mi madre”, me dijo ella, “estaba aparentemente mejor. Le hablabas y respondía, oía, veía, pero era como si no fuera ella, como si ya se hubiera marchado, en cambio la tía Flor da la sensación de seguir ahí, pero detrás de muchas capas, cada vez más”.

Yo lo percibo como si estuviera encerrada por su ceguera, su sordera, el Parkinson y la demencia que dicen los médicos que tiene, aunque Ana cree que no saben lo que es y le han puesto un nombre por poner.

Cada una de esas capas es una cortina de niebla que, por acumulación, se vuelve muy espesa, pero cada capa tiene una zona menos espesa y cuando estas se alinean se produce la comunicación.

Le conté a María José cómo me había apretado con la mano y con el pie tratando de consolarme. Se le contagiaron las lágrimas aunque habláramos por videollamada.

Ella recordó una frase que Flor decía cuando estaba con alguno de sus sobrinos nietos: “Lo monos que son y lo asquerosos que nos volvemos”. Nos reímos.

Me contó también que había leído una frase de Jacques Derrida en *Memorias de un ciego* que decía algo así como que creemos que el objetivo de los ojos es ver, pero que en realidad es llorar, porque cuando lloramos vemos más. Le había gustado esa otra forma de acceder al otro a través de la vulnerabilidad que surge del momento en que te permites llorar. María José pensaba que la tía Flor tenía esa capacidad de entrar en la otra persona, de acceder a ella, que era una experta en crear esos lazos y ver. “Me alegró romper con ese paradigma y darle ojos a Flor”, dijo.

Me conmovió.

Seguimos charlando e indagando en cómo puede sentirse el mundo en esas circunstancias y, como ambas meditamos, le comenté: “Hace poco, durante una meditación, me sentía plena; hay tanta riqueza hacia dentro que pensé que igual Flor esté a gusto y sea como una meditación muy larga con algunos destellos del exterior”.

Pienso en el palito que es ahora, con su pañal y sus movimientos poco armoniosos, que también son cada vez menos, con su *manopollo*, como dice Ana, sus poco más de treinta kilos y sus cejas que todavía se alzan cuando conecta con algo y deseo que allí dentro haya paz, que la quietud no sea dolorosa ni angustiada, que simplemente sea, como imagino que será un árbol que se mueve con el viento o una flor que gira para seguir los movimientos del sol. Ellos resultan hermosos, proporcionan bienestar. ¿Por qué es tanta la angustia que genera un ser humano que ya no es lo que era, que ha sufrido el deterioro del tiempo y la enfermedad?

¿Por qué tanta desazón y tristeza?

Aunque no todos lo vivimos así. Mi hermana María, que es la heredera del matriarcado y de las buenas (y malas) costumbres recibidas, la mira de otra manera. A ella, la tía Flor no le produce dolor, sino alegría; para ella es la de siempre y esa carcassita rota no le pone triste.

Me gustaría vivirlo así, creo que está más cerca de la verdad, de lo que sucede hacia dentro, es muy posible que *allí* se esté a gusto y tranquila, al menos a ratos, pero yo la veo

desesperarse porque no la comprendes, porque no tiene forma de participar en el entorno. Algunos días la siento relajada, otros son terribles sus contorsiones, su deseo de decirte algo concreto y su frustración al no lograr más que sonidos guturales.

Supongo que creemos que sufre, aunque no lo sabemos realmente; también echamos de menos a la persona con la que nos relacionábamos de otra manera y tenemos miedo de encontrarnos en esa situación: inválidos, incapaces de hacer nada por nosotros mismos. La dichosa dependencia de la que hablaba Flor. Era eso lo que más le dolía de su ceguera: la dependencia. ¡Pues toma triple ración!

No me extraña que Ana haya perdido la fe a pesar de que la recuperase tibiamente con el *milagro* de Adriana.

Ayer Ana le dijo a mi madre que Flor casi se ahoga. Se está olvidando de tragar. Hoy va el médico.

Con la crisis del Covid, que está en el centro de todas las noticias y encerrados en casa sin movernos para nada, nos olvidamos de que la vida sigue con otras peleas.

Luego llamaré.

Fue la médica de la Seguridad Social y le pusieron oxígeno, por lo visto tenía un nivel bajísimo, 76% en vez de 98% que es lo normal. La doctora está muy preocupada.

Hoy, dice Paco que no ha querido comer (o más bien no ha podido) y Ana se ha ido para allá desde Toledo.

Con el Coronavirus pululando y siendo Ana una persona de alto riesgo por tener enfisema, eso quiere decir que Flor está muy malita.

Me daría mucha pena no poder despedirla como se merece, no poder abrazar a Ana y a Paco, que se vaya en medio de esta pandemia rara en la que las personas no pueden velar y acompañar en su morir a aquellos a quienes quieren.

Ay, Flora, aguanta un poquito, que podamos darte un achuchón. O mejor no aguantes y vete en paz. Demasiado has aguantado ya.

No puedo seguir escribiendo.

Pero sigo; es mi forma de estar contigo en estos momentos.

Tú te estás muriendo y yo te estoy pensando. A ti, a Paco, a Ana, a Araceli, a Adriana, a mi madre, a todos los que te estamos acompañando aunque sea en la distancia.

He encendido la chimenea y juego con los troncos; me quemo los dedos al tocar uno, me ensucio la cara de hollín al limpiarme las lágrimas, las llamas bailan y le dan movimiento a mi tristeza quieta. No tengo ganas de hablar, quiero estar contigo en la poca medida de mis posibilidades.

“Ojalá suceda cuanto antes”, dice Jorge sin comprender mi llanto. Lo sé. Yo también lo deseo, que esa fortaleza tuya no te impida morir en paz.

“¡Cuánto le está costando!” Ha dicho Ana cuando hemos hablado.

Me entra un rencor grande contra Jorge, que me habla de otra cosa y no le deja espacio a mi dolor. Mi querida Flor se está muriendo y me enseña fotos de no sé qué. Hace meses que estamos lejos. No se da cuenta de que, en este momento, no me interesa nada más. Quiero estar con ella aunque no pueda.

Tengo la sensación de que estoy viviendo la muerte de mi madrina y la muerte de mi relación con Jorge y que le doy curso a ambas tristezas llorando a la primera, que es una pena más sencilla.

Te me vas Flor, qué gusto haberte tenido en mi vida.

Ya no sé si creías en Dios o no. A veces te daba una ventolera pía y a veces pasabas bastante. Ana nos ha contado que cuando se te lleven, no habrá más, porque siempre has dicho que quieres que te incineren y que nadie recoja tus cenizas. Eso de la urna no te gustaba nada.

Está bien así, aunque yo no soy quién para decir si está bien o no, creo que nadie debería meterse en la muerte de otro; a mí me gusta tu plan. ¿Se irán unas pocas cenizas con el siguiente muerto? No sé cómo funciona la cosa del crematorio. No sé qué harán con lo que quede allí. Igual unas poquitas las echan al mar y otras en la montaña, no importa, son solo estratagemas de los vivos para sentirse mejor y para intentar huir de su propia muerte, para sentir que la vida tiene sentido, para creer en algo.

Nada, no hay nada. Yo lo sé, pero no lo digo muy alto.

Y a la vez una es todo, con lo cual no hace falta buscarle el sentido.

Es tu momento, Flor, el final de una historia, o para algunos de un capítulo, es un momento muy importante, ese cierre del que no se habla.

Detrás de ti quedan Ana, Adriana y la que venga después, si es que viene porque les estamos dejando el terreno tan maltrecho que a ver quién se anima, también quedamos las personas a las que has hecho reír, los que te hemos querido. Y hacia atrás está la abuela Nati, la buena de tu madre, tan tranquila que llegaba a serlo demasiado, y Tanis, tu abuela, una mujer tenaz que le pasó los genes a tu hermana.

¿Respiras todavía?, me pregunto.

Gracias Flora, gracias.

Qué sabroso haber *sido* juntas. Qué banal y qué importante. Qué *nuestros* eran la pila, el ángel, la incredulidad, la alegría, la falsa independencia, el gamberrismo. Qué fácil sería si no lo cargáramos de dificultad. Qué fácil sería morir si no hubiera otros que te echan de menos.

Aunque yo prefiero que me echen de menos a que me echen de más.

Me emborracho por ti Flora; contigo.

Fiesta, fiesta, aunque mañana me pase factura.

Hoy no te puedo dar un buchito, ni con alcohol ni sin él.

Fiesta, fiesta.

Vamos a ponernos unas gafas a juego con el pintalabios.

Las lágrimas corren por mis mejillas sin que nada las entorpezca el camino, sin que sean secadas; mis ojos miran el fuego, atrapados por el movimiento.

Imagino a Ana pendiente de si respiras o no, levantándose cada pocos minutos. Y a Araceli, y a Paco, y a Adriana. Me gustaría estar allí con ellos.

Y lo estoy. Aquí sola en el salón, algo borracha, rodeada de oscuridad salvo por el resplandor de las llamas que me envuelve y me da calor.

El confinamiento por el Covid tiene eso, que la muerte se vive en silencio, en soledad, con lo que eso implica de bueno y de malo.

¡Qué lista eres! Para ti, que querías que nadie recogiera tus cenizas, son todo ventajas. Que te dejen (dejemos) en paz, ¿verdad? ¡Bien por ti!

“Florita relajada durmiendo” ha escrito Ana.

Bien. Todavía tardarás un poco en morirte, pero nuestra fiesta ha sido hoy, te he llorado horas y estoy en paz con tu partida.

Cuando te vayas, cuando de nuevo podamos vernos los que estamos encerrados, seguro que contaremos cosas sobre ti y podré rellenar lagunas. Menos Paco, él no contará nada, nunca lo hace, o solo lo que le preguntan, pero nadie se atreve a indagar en lo más íntimo. ¿La amabas? ¿En algún momento la amaste con pasión? Cuánto te habría gustado Flor escuchar un: “Sí, con locura”, pero yo no lo creo. Maldita cultura que nos impulsa a buscar algo que no existe.

En este momento me siento muy lejos de Jorge, está arriba durmiendo y pienso: “¿Qué me aporta?” La respuesta viene como un fognazo: su deseo, en el amplio sentido de la palabra. Eso es lo que te habría llenado, ¿verdad, Flora? El deseo de Paco.

Pensé que era inminente, pero no había nada en el móvil cuando me desperté.

No quiero saturarles con llamadas, así que me comunico con Ana por mensajes:

“¿Qué tal la noche?”

“Según se acuesta, así amanece. Yo me he levantado varias veces y estaba tranquila”.

Al día siguiente:

“La noche bien. Va subiendo la saturación de oxígeno. A ver si logramos eliminar flemas y que pueda comer algo. Ayer, hablando con ella y animando, logré que tragase (centímetro a centímetro con la jeringuilla), más de medio vaso de agua.”

Me ha llamado mi madre; al parecer Ana quiere que le den cuidados paliativos. Tenemos experiencia con ellos porque Luis, su marido, los necesitó y sabemos que una vez que se inician, la persona fallece de forma pacífica en un plazo de 24 a 72 horas, pero Paco no quiere.

¿Es amor, Flora? A mí me lo parece, aunque nos cueste entenderlo. Tal vez no quiere interferir con la naturaleza o no quiere que te vayas antes de tiempo o es lo que le gustaría que hicieran con él. No lo sé. A lo mejor tú lo entiendes.

Supongo que, si continúas sin poder casi respirar ni tragar, Paco dará su consentimiento.

Me acaba de llamar mi madre llorando.

“Estoy muy flojita”.

“Cómo no vas a estarlo”.

Le cuesta sentirse así, le cuesta mostrar vulnerabilidad. Le he intentado mandar mi cariño a través del teléfono. Es lo peor del Covid para los no infectados de este lado del mundo, no poder abrazar a aquellos que necesitan consuelo, amor, comprensión.

Los infectados, los fallecidos, los servicios sanitarios no sé si piensan tanto en abrazos, y muchas personas están más preocupadas por el *coronahambre* que por el consuelo.

Ana ha vuelto a Toledo. Al día siguiente le pregunto si ha hablado con Paco.

“Sí. Hoy tiene fiebre. Pobrecita, ¡cómo cuesta morirse!”

Ayer llevé a mi madre a despedirse de su hermana.

La doctora ha dicho que le quedan horas y Ana se ha vuelto a Madrid.

Al principio, en la videollamada familiar que estamos teniendo durante el confinamiento para que mis padres estén acompañados, me puse cabezota: no quería que mi madre fuera a verlos; por ella, por el virus, por civismo y, sobre todo, por Ana, que es de altísimo riesgo, y por Paco, que lleva sin salir de casa desde antes de declararse el estado de alarma. Menos mal que mi hermana me convenció: “No vais a ver a nadie y mantenéis la distancia. Es su única hermana”. Como mi padre no conduce de noche, tuve la enorme suerte de llevarla yo.

Iba sentada detrás, en diagonal con respecto a mí, por el virus, con su mascarilla bajada porque no puede respirar. Yo me volvía (con ella puesta a pesar de que me diga que soy una histérica) y le decía palabras de consuelo.

Llegamos a ese piso oscuro que les ha cobijado decenas de años.

Nos saludaron desde lejos, guardando los dos metros, ¡qué ganas de abrazarles! Mi madre y yo con las mascarillas y los guantes nos acercamos a la cama en la que yacía Flor, más delgada que nunca, tras casi tres días sin ingerir alimentos ni líquidos, vestida con unos pantalones negros, una camisa marfil y una chaqueta de punto negra, con las tiritas del oxígeno por la nariz, recostada de lado, serena.

Mi madre le decía, tocándole la mano con su guante puesto: “Tesoro mío, ¿te acuerdas como Papá te llamaba a ti Produc y a mí Chispi?”

Flor parpadeaba y movía el pie.

“Te queremos con locura” añadía yo. Y Flor movía de nuevo el pie. “Y tú, lo sé, preciosa”.

Estuvimos allí un rato; nosotras diciendo palabras cariñosas y ella respondiendo con los párpados y con el pie, los ojos muy abiertos.

“Está muy a gusto, ¿verdad Flora?”, decía Ana, “como una reinona” y, más bajo mirándonos a nosotras: “Paco no le suelta la mano ni un momento y ella lleva dos días sin cerrar los ojos y sin dormir”.

De pronto entendí a mi tío: Flora estaba lúcida y quería morir siendo consciente; él la sostiene y le acaricia la mano como nunca ha hecho. Ella no quiere perderse ni un minuto y Paco, que lo sabe, no quiere que le nublen el cerebro con morfina.

Sí, Flor, es amor del grande, ese que has esperado siempre. No me extraña que no te lo quieras perder y que, a pesar de tu ceguera, no cierres los ojos ni un instante.

Es una bonita muerte: consciente, de la mano de tu príncipe, con tu hija gastándote bromas y haciéndote mimos y con Araceli cuidándote.

Veo la enormidad de lo que te habrías perdido si te hubieras tomado la *pastillita* en cualquier momento previo de desánimo o de deterioro y dudo de mi opinión anterior. También pienso en todos estos años que han provocado tanto sufrimiento en tu entorno, y vuelvo a dudar. Es algo tan íntimo, crítico y sensible, que nadie debería meterse. Si uno está lúcido, estaría bien poder decidir.

Me gustó estar ahí, saltándonos el confinamiento y los controles, compartiendo por unos minutos ese momento con las personas que más cerca has tenido, los que te han acompañado, con sus luces y sus sombras, con tus lúcidos ojos apagados más abiertos que nunca, con tu pie mandándonos mensajes de reconocimiento y de cariño en morse.

“Llámame a la hora que sea”, le dijo mi madre a Ana.

“Gracias por venir”, se despidió Paco, como de costumbre.

Cuando volvíamos en el coche, aunque se suponía que no teníamos que tocarnos, no pude evitar apretar la mano de mi madre, que iba detrás como un pajarito ella también, contenta por haberla visto y por sus gestos, triste porque se va. “Ni un coche en la calle, es dantesco” dice, “¡pensar que están en todos los países del mundo igual! Nos lo cuentan y no nos lo creemos”.

Era realmente sobrecogedor subir por la Castellana como si fuéramos las únicas habitantes del mundo, como si la vida conocida se hubiera acabado o se estuviera acabando, como tu vida.

Y seguimos esperando.

Mensaje de Ana:

“Menudas son las hermanas, parecen de Bilbao, ella se va cuando quiera, no cuando dicten las normas de cualquier ser humano” y me mandó una imagen preciosa de Paco dándote la mano. No sé si le gusta que la comparta y que yo escriba sobre ello; Ana me ha dicho que la borre y lo he hecho, pero es la cosa más tierna que he visto nunca. Paco está contrapeado contigo, como el Yin y el Yan, su cabeza donde están tus pies y su mano sosteniendo la tuya. Qué rico, ¿verdad, Flora?, y querían que te lo perdieras. Tú sabías que eso estaba ahí dentro y por eso lo buscabas.

Como dice el *I Chin*: “La perseverancia trae ventura”.

No se me ocurre una forma más bella de despedirte.

Te ha querido siempre, aunque no como a ti te hubiera gustado. Tú también le has fastidiado en muchas ocasiones. Nada que no sepamos los que hemos llegado a intuir lo que es amar; verbo raro e indescriptible.

Al día siguiente mi madre le ha mandado un mensaje a Ana diciendo que siempre has sido religiosa y que igual estás esperando la bendición última: “Mi hermana no termina con su cuerpo, su alma vivirá para siempre”.

Paco lo había sugerido también el día anterior y Ana llamó a la parroquia. Fueron a darte la extremaunción.

No sé si para ti era importante o te la portaba flauta, como dirías tú, pero lo que sí sé es que tu hermana se queda mucho más tranquila. ¡Grande Ana! ¿verdad Flora?

Un día después recibo un mensaje de Ana hablando de su padre:

“Ayer me dijo todo lo que la quería y me pidió perdón por no haber sido expresivo con ninguna de las dos”.

Lleva casi una semana sin comer ni beber absolutamente nada. Con los ojos abiertos todo el tiempo. Yo creo que aguanta por amor.

Cada vez que veo un mensaje, pienso: ¡Ya!, pero, como es habitual, la vida, y más todavía la muerte, siempre te sorprende.

Me ha llamado mi hermana María.

“Ha muerto la tía y necesito darte un abrazo. Voy por el jardín”. Luego me ha dicho algo del Coronavirus y me he quedado muy extrañada. Es imposible.

Ha llegado por el jardín, el suyo, el de Ana y el mío se comunican por el común. Nos hemos abrazado. Me ha besado, en un lado, en el otro, nos hemos acariciado aprovechando ese minuto de asueto de las normas.

“¿Qué me decías del Coronavirus?”, le pregunto, “es imposible que la tía lo tuviera”.

“No boba”, me dice, “que a la mierda el virus, que yo necesitaba abrazarte”.

Es sabroso un abrazo así después de tanta sequía de piel. Nos regodeamos. Ella llora, yo no. La he llorado tanto estos días que no me quedan lágrimas, solo una paz muy grande.

“Anda, preciosa,” le digo a María, “lávate bien la cara, los brazos y cámbiate la camiseta”

Yo no me había enterado, no estoy en el grupo de la familia. No me gusta el WhatsApp y entro y salgo por temporadas.

Un rato después he llamado a mi madre, estaba en casa de mis tíos con mi prima y con Paco. Mi padre la había llevado y yo he ido a buscarla. Otra propina para mí. A Flor se la habían llevado unos señores que parecían astronautas con sus trajes especiales anti-contagio y toda la cara cubierta; he podido estar un momento con ellos, aunque fuera de lejos.

Cuántas ideas preconcebidas se caen si rascas un poco: esta muerte consciente, con pocos espectadores y sin celebración, resulta mucho más amable que si hubiera habido velatorio, cremación y demás parafernalia que montamos.

Ana nos ha escrito:

“Esta noche, a la una de la madrugada, incineran a nuestra Flora. Ya que no hemos podido estar físicamente todos juntos, me encantaría, quienes estemos despiertos, recordar a mamá con un rezo, una sonrisa o un pensamiento. Todos la quisimos mucho y se merece que le lleguen esas vibraciones de toda su familia pensando en ella. Os quiero”.

Habría sido de otra forma sin el Covid, Flor, pero creo que lo prefieres así; tú, como siempre, diferente y gamberra. Has tenido una celebración o un acompañamiento acorde contigo.

Ana, Paco, Adriana y Araceli se han venido al pueblo y están aquí al lado. Pusieron, rodeada de velas, una foto tuya y de tu hermana en la que sales radiante y ella te mira con una cara de afecto profundo.

Cada uno te hizo un homenaje a su manera.

Mi hijo y yo nos acercamos a la terraza de casa de mi hermana, manteniendo la distancia.

A las 00:30, tu sobrina nieta preguntó: “¿Qué anécdotas recordáis de Flor?”

María contó que su amigo Mane, cuando te conoció, no se creía que eras ciega y te pasaba la mano por delante de la cara; te habías dirigido a él y le habías *mirado* detrás de tus gafas de sol con tanta alegría y tanta intensidad que resultaba difícil creerlo.

Otro dijo que en vuestras bodas de oro, Ana te preguntó si le habías comprado un regalo a Paco y tú respondiste que sí, que lo mismo que él a ti, pero de otro color.

Todos se rieron. Paco no es de hacer regalos.

Hablamos de tus chistes, tus bailes, tu buen humor, conté la historia de la sauna y los jóvenes estaban asombrados: “¿Se metió en plena noche de invierno en la sauna y en la piscina tras romper el hielo?” “¡Qué tía!”

Sí, ¡qué tía!

Cantamos a Maroon 5 acompañados por mi sobrino a la guitarra, que se había aprendido la canción de *Memories* durante la cuarentena:

*“Toast to the ones here today,
toast to the ones that we lost on the way,
'cause the drinks bring back all the memories,
and the memories bring back memories, bring back you”.*

Un brindis por los que estamos hoy aquí,
un brindis por los que perdimos en el camino,
las copas traen de vuelta todos los recuerdos,
y los recuerdos traen más recuerdos que te traen a ti.

Igual en la Comunidad de vecinos pensaron que éramos frívolos por estar cantando en pleno confinamiento a esas horas de la madrugada; no sabían, Flora, que en ese momento, te estaban incinerando y que tus cenizas se quedarían por allí, en algún lugar, como habías deseado.

Lo hemos pasado mal, supongo que tú la que peor, aunque a ratos me haces dudar de eso y de todo lo demás.

Tu hermana no quiso ni hablar en dos días, pero se ilumina cuando le contamos que se te hicieron unos honores más divertidos que si hubiéramos estado en un tanatorio.

Creo que tu partida ha sido tu última broma. Nos has hecho reír y, como siempre, el chiste ha empezado por el final.

Ya te dejo partir en paz, Flora.

Tú me viste nacer y yo te he visto morir despacio.

Tal vez en la oscuridad cuesta más apagarse del todo, pero nos has mostrado, una vez más, que se puede hacer con gran lucidez.

Un año después de morir la tía Flor, el viernes 25 de junio de 2021, entró en vigor la Ley Orgánica que regula la Eutanasia en España, siendo el séptimo país del mundo que la permite, con Bélgica, Canadá, Colombia, Luxemburgo, Nueva Zelanda y Países Bajos.

Tal vez sea el principio de un cambio de mentalidad mundial para ajustar la muerte a la nueva longevidad que no siempre resulta amable.

Paco no ha aguantado mucho después de la muerte de Flor.

Al principio pareció aliviado, todos lo estábamos. Habían sido muy duros los últimos años y se hizo la paz.

Ana intentaba que Paco y Araceli pasaran tiempo con Adriana y con ella en el pueblo, pero Paco no se quedaba más de cinco días. Allí Ana mandaba: intentaba que comiera bien, que no tomara azúcar, ni fumara... Por eso se volvía a casa, donde hacía lo que quería ¡por fin! de la mañana a la noche. No gran cosa, pero sin necesidad de estar pendiente de nadie. Araceli le respetaba. Y le hablaba. Y le dejaba tranquilo, con la televisión a todo volumen, sin entrometerse.

Creo que lo que más ha aborrecido en la vida es que le mandaran o le impusieran lo que hacer; también creo que la realidad le forzó permanentemente a aceptarlo por narices; terrible contradicción que le hizo vivir con una nube de tormenta sobre el ánimo.

Durante unos pocos meses tuvo un ligero impulso de disfrute y llevó a Ana, a Araceli y a Adriana a comer a algunos sitios que tenía ganas de probar, siempre que tuvieran terraza, por eso del Covid.

El verano de 2020, pasó un tiempo con Araceli en el apartamento de la playa y se le podía encontrar cada mañana, entre las once y las doce tomando el café en *Los amigos*, un lugar en segunda línea, desde el que no se veía el mar pero tampoco había gente ni riesgo de contagio, y sí una brisa deliciosa. Los que pasábamos unos días por allí, nos acercábamos a tomar café con él.

Con Araceli había desarrollado, durante la enfermedad de Flor, una confianza que no ha tenido jamás con nadie. ¡Ay! si levantara cabeza la tía y los viera instalados en la playa, cada uno a lo suyo, ¡charlando!

El impulso no le duró mucho.

A finales de 2020, recién cumplidos los 88, estando bien y todavía con una cierta alegría, Paco dijo que no pensaba celebrar los 89. Ana, Adriana y Araceli se volvieron a mirarle con las cejas levantadas, y aclaró, como para que le dejaran tranquilo: “me refiero a celebrarlo socialmente”.

“Cómo si lo hubiera celebrado mucho alguna vez” nos contaba Ana entre risas.

Yo sabía que lo decía en serio y que no iba a llegar a los 89. Tenía un aneurisma que había superado hacía tiempo el tamaño crítico y yo temía que en cualquier momento la vena se pudiera romper. No sé por qué, pero yo estaba convencida de que se estaba muriendo aunque se le viera mejor que nunca. Tal vez era sencillamente porque él me lo transmitía en sus ojos, en sus gestos. Yo no sentía la necesidad de negarlo o de combatirlo. Ana sí, aunque ella también lo sabía.

No sé en qué momento se cambió de butaca; se sentó en la de Flor que era más blanda, tipo orejera y fue como si el sillón le atrapara entre sus brazos y le trajera de golpe y porrazo todo el sufrimiento que vivió Flor.

En pocos meses se deterioró como si hubieran pasado años.

Durante la peor parte de la enfermedad de Flor, Paco no había querido ir al médico por más que tuviera un bulto raro en el abdomen, ¿qué harían si los dos estaban mal? No se lo podía permitir.

Cuando ya no hubo una persona dependiendo de él, cuando no tuvo que hacer el esfuerzo de poner pastillitas en la caja, ni tuvo que preocuparse por cómo amanecía su mujer o si tenía que avisar al médico, se vino abajo.

De pronto tenía todo el cuerpo descompensado, los niveles de oxígeno muy bajos y la parte izquierda hinchada. Cuidaban su alimentación, Araceli le daba friegas, le visitábamos, charlábamos con él, pero no tenía ganas de nada.

A él me costaba más transmitirle el afecto, sentía un cierto pudor, pero verle así me producía un dolor parecido al que sentía con Flora.

Ana no sabía qué hacer porque se negaba a ir al hospital; quería morir en casa y pensaba que si entraba, no saldría. Al final, el médico que le visitaba, lo ingresó.

Estuvo unos diez días, hasta que le consiguieron estabilizar. Tenía un aneurisma nuevo, le detectaron cáncer de pulmón, pólipos en el páncreas y, lo peor, no aclararon qué era eso que tenía en el colon que no le dejaba sentarse ni tumbarse sin gritar de dolor.

Los médicos intentaban mantener un equilibrio precario.

Ana, rota de angustia, era capaz todavía de buscarle la guasa al asunto; decía que era Flora desde arriba diciendo: “¿No entendías que no quisiera levantarme o que me quejara? ¿No entendías que desayunara a las tres de la mañana? Ahora entiendes, ahora lo haces tú”.

Era terrible no poder aliviarle. A ella al menos no le había dolido.

Está cada día peor.

Le mando un mensaje a Ana: “¿Le apetece que le vayamos a ver?”

“Dice que él no es quién para decirle a alguien que venga o deje de venir”.

12 de octubre de 2021. Paco se está muriendo un año y medio después de Flor. Parece mucho, pero ha sido un suspiro.

Hemos ido a verle.

Estaba tumbando en la cama en la que murió ella mientras él le sujetaba la mano durante una semana, en la misma en la que durmieron juntos durante sesenta años.

Por primera vez he podido besarle con ternura y acariciar su mano, cuando estaba moribundo y no se enteraba. En vida eran dos besos y de los retirados. Me aprovecho y le paso la mano por la frente en una caricia lenta; llego a sus míticas entradas, su pelo liso, ahora blanco, peinado hacia atrás, supongo que Ana o Araceli se han ocupado de ello. Qué difícil les resulta a algunos la ternura en vida.

Flor y Paco han pasado una agonía similar en muchos aspectos, pero en el caso de Paco, concentrada.

“Me duele”, dice, “Mariflor, no puedo más”. También llama a su madre.

Recorre en sus últimos instantes a dos mujeres a las que en vida, al menos durante un tiempo, no mostró aprecio.

Él no se metía con nadie y esperaba lo mismo de los demás; le producían rechazo las mujeres manduconas como su madre. Creo que le resultó difícil estar en paz con una persona que dependía de él; o de la que se sentía responsable.

Ana está peor que nunca. Miraba a su alrededor como diciendo: “a ver qué hago yo con todo esto”. Hay álbumes, libros, toneladas de papeles. La decoración de Orense es muy cuidada; fue cosa de Paco: librerías a medida, sillas sin barra entre las patas de las que estaba muy orgulloso, todo con un lustre apagado por el tiempo.

Han hablado y Paco le ha dicho las cosas que le hace ilusión que se quede; y también que prefiere incineración; siempre había sido de entierro y tiene un hueco en la tumba de sus padres, pero quiere que hagan con él como con Flor, dejar allí las cenizas. Les pondrán juntos. Me enteré y las que no se recogen al cabo de un tiempo las entierran en una fosa común del tanatorio. Hay una bonita explanada verde delante y al fondo está la dehesa del Soto de Viñuelas.

También ha dicho que no quería extremaunción.

“¡Ole ese Paco!”, pienso yo, coherente hasta el final. Siempre ha sido descreído. Solo tuvo una época, no recuerdo bien si era al principio del deterioro de Flor, que la acompañaba a la iglesia, tal vez por intentar una fórmula distinta contra la sequedad de la vida. Tampoco le funcionó.

A mi lado, mi madre le dice a Ana que si pierde la cabeza, se la den sin que se dé cuenta; cosas de la muerte, es tierno escucharla.

Recuerdo a Paco a través de sus historias; me contaba, por ejemplo, que durante una época, salía de trabajar en Gran Vía a las dos de la mañana y paseaba por la ciudad dormida, un Madrid de finales de los cincuenta, nocturno y silencioso, a veces nevado, otras lluvioso o despejado.

En una ocasión, se fue a encender un cigarro y un portero le abrió la puerta de un bar de estraperlo. Ya que le habían abierto, entró a tomarse una copa.

Así eran sus historias, como él, con un punto cinematográfico.

No era amoroso, ni blando, ni comunicativo. Era estable, recio, sin palabras, permanente, impermeable.

Es increíble que dos naturalezas tan dispares, tan explosivas, duraran tanto tiempo juntos. La realidad es compleja. La de Paco y la de Flor lo fueron.

Me vienen a la mente sus presencias sencillas y extravagantes; el perfume de Flor que se me pegaba a los labios al besarla y la mirada lejanamente amorosa de Paco a pesar de no entenderme; un respeto mutuo cultivado por ambos que salvaba la distancia sideral entre nuestras formas de entender todo.

Una mirada respetuosa a la otredad pero que no resistiría una convivencia más cercana; cortesía vital.

La verdad de los seres que nos acompañan es tan difusa, tan escondida y, a la vez, tan presente que resulta difícil tener un criterio definido sobre ellos.

Han llamado a cuidados paliativos. Tal vez en este momento ya estén allí y la morfina le haya ganado la batalla a ese dolor insoportable.

Pienso en como gritaba: “Mariflor, no puedo más”, como si le suplicara que se lo llevara con ella pronto, que para eso se había sentado en su butaca.

Se quejaba, pero hasta el último momento no pidió más medicina.

“¿Por qué no subes la dosis de analgésicos, Paco?”, le pregunté hace menos de una semana.

“No es bueno tanta medicina”.

Como si importara a estas alturas.

Estoico, sufriente, entregado y digno hasta el último minuto.

Me acuerdo de Jorge, de lo alejados que estábamos el día que murió la tía Flor. Nos separamos pocos meses después. Esta noche, mientras muere Paco, me gustaría que estuviera a mi lado, acurrucarme en otros brazos, dejarme mecer, pero vista la dureza de algunos finales, creo que no es mala idea pasar el mío sola, así no es necesario sufrir la agonía del otro.

Asusta el dolor y lo prolongado del mismo. Tal vez por eso me alivia el que ahora exista la posibilidad de la eutanasia; le da más libertad al morir.

Me pregunto si en el futuro pensaremos (pensarán) con extrañeza en los tiempos en los que no estaba permitida, incluso puede que exista una muerte a la carta, que se suba a Instagram o al escaparate que exista en ese momento, ya hay varias personas que han narrado a los medios sus partidas. Puede parecer aberrante, pero tiene su lógica, es el fin de la historia que se ha ido mostrando.

Nuestros mayores, igual que de niños nos enseñaron a vivir, con sus aciertos y sus neurosis, con lo que mostraban y lo que ocultaban, ahora nos enseñan el morir.

Yo trato de mirar, de absorber ese valioso ejemplo.

La propia muerte es un momento crucial de la vida, de esos que dejan poso en el entorno.

A la vuelta del hospital Ana le dijo a Paco que no fumara más, se ahogaba con cada calada, ella tampoco lo haría. Lo decía para motivarle, Ana tiene enfisema y no debería fumar.

Luego nos enteramos de que Araceli le compró un paquete y le daba los cigarros que quería aunque se atragantara y no pudiera respirar. Ana lo decía con alegría, contenta de que les hubiera dado prioridad a los deseos de su padre sobre sus instrucciones.

El 13 de octubre de 2021 a la 1:40 de la madrugada, Ana escribió un mensaje en el grupo de la familia:

“Acaba de morir el tío Paco. Un beso a todos”

Paco murió como vivió, con dolor.

Se llevaron su cuerpo unos hombres vestidos con EPIs y quedó el piso de Orense vacío de sentido.

A las 14:00 le incineraban como habían hecho unos meses antes con Flora y nos reunimos allí Ana, Adriana, Araceli, el hermano mayor de Paco, que con sus 92 años estaba muy afectado porque la vida no había respetado el orden previsto, la hermana de Paco, su cuñado y yo, su ahijada.

Un pequeño manojito de afectos a los que él no solía demostrar el suyo, pero del que ninguno dudábamos, salvo Flor en su día, ella dudó siempre y lo persiguió con ahínco hasta el final.

Es misterioso el amor; toda una vida de desencuentro para terminar con su nombre en los labios, en ese lenguaje propio que solo la pareja conoce, frases que se quedan en tu boca aunque el otro se haya ido, códigos misteriosos de dos que, a ratos, parecen uno a pesar de estar a galaxias de distancia. Tal vez en esa simbiosis cruda y amorosa esté el principio de la vida, y con él, el de la muerte.

Ana colocó sobre la mesa del comedor una preciosa foto de ellos dos con Adriana y una vela. Las dos butacas vacías gritaban la ausencia de sus padres.

Puso la canción de *Memories*, de Maroon 5.

Cantamos.

Yo llevé buñuelos de viento y bocaditos de nata, exactamente lo que Paco habría llevado a cualquier sitio.

A las dos en punto Ana dijo: “Papá te quiero, buen viaje. Gracias por todo”.

Gratitud. Qué bonito que te despidan con ese sentimiento. Yo también me siento agradecida a ese hombre taciturno y a Flora, alegre y explosiva.

Nuestra vida es la continuación de las de antes.

Pienso en sus cenizas mezcladas en la tierra, con una bonita pradera y con el monte delante. Es un lugar muy luminoso. Por algo te llamaban la novia de la luz, Flora. Y será también un lugar recogido, como el piso que os hizo de cueva, que albergó gran parte de vuestra historia y que, de momento, seguirá cobijando a las que os están agradecidas.

Araceli ha acompañado a ambos en sus partidas.

En sus últimos días, Paco se ha tenido que entregar del todo, el pudor acérrimo y esforzado se disipó con el último resto de fuerzas. Ha sido el momento en el que ha tenido la confianza máxima con otro ser humano, ese entenderse sin palabras, la dignidad compartida.

La cercanía de la muerte ha empujado a Araceli a volver con los suyos para disfrutar del resto de su vida sin estrecheces. Con lo que ha ahorrado en estos años, ha podido pagar su casa, ha comprado un taxi y está pensando poner un negocio.

Como siempre, en occidente cubrimos nuestras necesidades aprovechando las de otros.

Para ella ha sido una experiencia dura, pero también bella. A Honduras vuelve otra mujer.

2022 va a ser el primer año sin la llamada de mi padrino por mi cumpleaños. Les pensaré. Estarán en mí.

Ana ha vaciado la calle Orense, y la ropa de Flor y de Paco les sienta de cine a la siguiente generación, como si su elegancia se hubiera quedado prendida en la ropa.

Van a utilizar el piso de Orense, Adriana ahora está alquilada muy cerca y le viene bien para la universidad.

Han pasado solo dos meses desde la muerte de Paco, y el Covid parece que nos deja un respiro que esperamos sea definitivo; Ana está más plena que hace mucho tiempo, diría que nunca. Siempre se ha dicho que la sabiduría llega de la mano del dolor. Se sienta al sol en la casa del pueblo y me dice que goza de cada minuto de su vida, del sonido de los pájaros, de la brisa.

Hay una vela siempre encendida delante de la foto de sus padres con Adriana.